

Ga-6.915

CINCINNATI COURSO 1882 - 1883
CINCINNATI COURSO 1882 - 1883

Señor Canónigo Blanco.
(Repetido)

Ga.6.915

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO,

EN LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

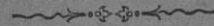
DE 1882 Á 1883.

Folleto - 2-B

POR EL DOCTOR

D. Manuel Piñeiro Herba,

Catedrático de Patología médica,



SANTIAGO:

Oficina tipográfica de D. Manuel Mirás y Alvarez,
VIRGEN DE LA CERCA NÚMERO 30.

1882.

GA-6.915
Tejuelo Rojo

Ga - 6.915

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00051767

DISCURSO INAUGURAL.

Foll-9 - B3

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO,

EN LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1882 Á 1883,

POR EL DOCTOR

D. Manuel Piñero Verba,

Catedrático de Patología médica,



Impreso de orden de la Universidad.

SANTIAGO

Oficina tipográfica de D. Manuel Mirás y Alvarez,
VIRGEN DE LA CERCA NÚMERO 30.

1882.



DISCURSO

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA

DE 1885 A 1883

DE DON JUAN MARÍA

DE DON JUAN MARÍA

DE DON JUAN MARÍA

DE DON JUAN MARÍA

1883



Excmo. Señor:

ANTES de enunciar el tema que ha de servir de base para el desenvolvimiento de este discurso ú oración inaugural, creo necesario manifestar sincera y solemnemente la pequeñez de mis conocimientos, el profundísimo respeto que me inspira la presencia de tan ilustrado y escogido auditorio, y por último, la natural timidez que embarga y se apodera de mi ánimo, teniendo que levantar mi humilde voz en el augusto santuario de las ciencias.

Empero, la defensa de la verdad y el cumplimiento del deber son los móviles que me impulsan y alientan de una manera po-

derosa y eficaz al desempeño de este trabajo, harto difícil por su índole como por las muy especiales circunstancias en que hube de emprenderlo.

Contando, pues, con vuestra indulgencia y con el favor del Cielo, (*) voy á fijar la atención en las nociones positivas de muy trascendente importancia, que sirven de firmísimo apoyo á las cuestiones que oportunamente habré de resolver.

Siendo muy extensa la esfera de lo cognoscible y asáz limitada por otra parte la inteligencia del hombre, resulta que, á pesar de los grandes esfuerzos que la actividad humana desplegó en todos tiempos, la evolución científica es lenta y graduada, no llegando á traspasar el límite más allá del cual reinan la oscuridad mas impenetrable y una série infinita de verdades inaccesibles á la razón abandonada á sus propias fuerzas.

La afirmación anterior no se aviene muy bien con las exageradas pretensiones de muchos *sábios*, que ciñéndose obstinadamente y por motivos que no se alcanzan, á la influencia sistemática de algunas modernas teorías, intentan al parecer nada ménos que

(*) Le ciel a lui-même imprimé dans l'homme la raison naturelle.—
Pensées Morales de Confucius, par M. Levesque.

destruir las verdades primordiales, que sostienen el grandioso edificio de la verdadera ciencia.

Pero la verdad subsiste siempre; y aunque lleguen á eclipsarla por algun tiempo las opiniones humanas, no conseguirán su ruina, porque, cual roca inquebrantable sostenida por la mano del Omnipotente, resiste á los conflictos de la razón más orgullosa y atrevida. El error y la mentira experimentan muy profundas y radicales mutaciones, mientras que las doctrinas verdaderas, fundándose en la naturaleza de las cosas, se arraigan cada vez más y no envejecen nunca. *Opinionum commenta delet dies, naturæ judicia confirmat.* (*)

También existen por desgracia hombres muy especiales que, impulsados no pocas veces por el deseo de poseer cualidades extraordinarias, franquean los límites de la verdad y del bien. Amantes de una celebridad vana y hasta ridícula se empeñan en conocer lo que la inteligencia humana no puede alcanzar por sí misma, y no quieren hacer sinó cosas prodigiosas. Yo no ambiciono tan alta sabiduría, me contento con saber y hacer aquello que fuere posible á mis dé-

(*) Cicer. de Natura Deorum. lib. 2.

biles facultades. Así habla el Sócrates de la China, el célebre Confucio.

Por las razones expuestas y la convicción íntima de mi ánimo acerca de los principios fundamentales, quiero manifestar que mis ideas y mi criterio no riñen ni dejan de conciliarse con las nociones positivas adquiridas por los sábios de todas épocas, si no carecen de la demostración que la ciencia exige: mas respecto á aquellas verdades que exceden la esfera de capacidad de la mente humana, confieso que deben admitirse de una manera absoluta por la ciencia, cuando además de reconocer otro origen ó fuente superior, constan así también por el infalible testimonio de una autoridad competente.

Después de haber consignado los principios indispensables y en perfecta armonía con el tema que me propongo desenvolver, solo resta expresarlo en términos claros y precisos. Hélo, pues, aquí: **Consideraciones generales acerca del hombre y refutación de algunos errores del moderno positivismo.**

I.

Quam pulcrum est in principiis, in origine rerum
Defixisse oculos et nobile mentis acumen!
Pervolat huc sapiens, nugæ sunt cætera vulgi.

(Cardinalis De Polignac in suo Anti-Lucretio.)

LA determinación científica del origen del hombre es una de las cuestiones fundamentales á cuya solución aspira la ciencia moderna, apoyándose en el desenvolvimiento y los caracteres que la observacion y la experiencia descubren en los seres que constituyen el *cósmos*, y en la influencia misteriosa y omnimoda de las causas segundas. Es evidente que la tésis enunciada se enlaza de una manera muy íntima con la que se refiere al origen del mundo. Los filósofos y los sábios de todas épocas han investigado y discutido con ardor infatigable acerca de este punto, y la historia de la ciencia en sus diferentes fases y periodos revela y demuestra la limitación más grande del entendimiento

humano y el conocimiento más profundo de nuestra ignorancia. Ninguno de los sistemas inventados para resolver el difícil problema del origen del mundo satisface á la razón, antes por el contrario, sirven más bien aquellos para ofuscarla, sumiéndola en el abismo de la negación ó por lo ménos en el caos de la duda.

En efecto, el sistema de Leucipo y Demócrito, el cual supone que el mundo nació de la agrupacion fortuita de los átomos agitados por un movimiento eterno y revolviéndose sin cesar en la inmensidad del vacío, aparece quimérico y absurdo. Este sistema ha sido refutado yá con razones muy poderosas y elocuentes por el célebre Orador romano (*) «*Quis hunc hominem dixerit, qui cum tam certos cæli motus, tam ratos astrorum ordines, tamque omnia inter se connexa et apta viderit, neget in his ullam esse rationem, eaque casu fieri dicet, quæ quanto consilio gerantur nullo consilio assequi possumus?.....*» El hombre al fijar su atención en las maravillas y en el sublime espectáculo que ofrece el conjunto de los seres visibles, llega á descubrir aún sin grandes esfuerzos el

(*) Cicer. Op. cit.

orden admirable con que recorren el espacio esas moles de extraordinaria magnitud que se llaman astros, la distancia prodigiosa á que se encuentran, y la precisión matemática que siguen en sus movimientos; y, á pesar de esto, no le es posible al ingenio humano determinar la razón de una obra tan grandiosa, ni alcanzar el designio que presidió á la misma. ¿Cómo podrá admitirse que el *cósmos* haya sido producido por el acaso? Compréndese muy fácilmente, que el sistema aludido conduce de una manera inevitable al *ateísmo*.

Platón, dotado de una inteligencia asombrosa y por la cual adquirió el renombre de *divino*, afirma que el mundo procede de Dios como causa respecto al orden y á la disposición de las cosas que lo constituyen, pero también enseña, que la materia cósmica es increada y por lo mismo eterna y subsistente por sí. La materia increada, eterna y que entraña en sí misma la razón de su existencia, no es sinó la concepción quimérica y absurda de un ser con atributos que chocan y se contradicen de una manera palmaria y evidente.

Muchos de los filósofos pitagóricos y neoplatónicos, y muy especialmente Plotino y Porfirio, sostuvieron que el mundo habia

emanado de Dios, considerándole como una fracción ó efluvio de la sustancia divina. Este sistema tiene ya su fundamento en la filosofía de la India, cuya doctrina religiosa se halla contenida en los sagrados libros llamados *Vedas*. Su Dios es Brahma, la sustancia única; nada existe fuera de ella ni distinto de ella.....

El desarrollo del panteísmo bajo la forma idealista en el último tercio del siglo pasado y en el primer tercio del siglo actual por los Kant, Fichte, Schelling y Hegel, representantes ó corifeos principales de la unidad científica conduce nada ménos que á referir y á condensar todos los conocimientos científico-filosóficos en una sola noción absoluta, afirmando que Dios, el mundo, la historia, las ciencias y las artes, lo pasado, lo presente y lo porvenir, lo visible y lo invisible, lo necesario y lo contingente, lo real y lo posible, constituyen meras aplicaciones de los principios ó fórmulas contenidos en su concepción ideal ó síntesis absoluta.

Aparece con toda claridad que el gérmen del panteísmo se encuentra ya en la filosofía antigua, cuyo sistema en las regiones asbtrusas del orden ideal y real desenvolvió la razón delirante de los *sábios*

aludidos, estableciendo la *infinitud* de esencia en todos los seres y confundiendo al hombre con el mismo Dios y con todas las cosas creadas. No se concibe como la inteligencia humana llegó á sumergirse en este piélago de confusión y de desórden, porque la idea del Ser infinito se halla esculpida y se refleja en la mente de todos los hombres con caracteres indelebles.

Chateaubriand dice «que los hombres son tan vanos y tan débiles, que muchas veces el deseo de darse importancia les hace afirmar cosas que no creen, ó á lo menos de las que no están completamente convencidos.» Pero aun esto no explica la necesidad funesta de ateismo que domina en muchos sistemas, debiendo investigarse todavía otras causas que influyen en el corazón humano, para inclinarle á muy especiales objetos ó fines.

Acerca de la antigüedad del mundo, el filósofo de Estagira, el célebre Aristóteles, opinó que el mundo es eterno, no sólo en cuanto á la materia, sinó tambien á la forma: expresando muy claramente, que en su movimiento depende de Dios, *causa de las causas*. Hé aquí la razón en que se funda este filósofo para concebir la eternidad del mundo; un motor ó causa motriz in-

moble produce un movimiento eterno. Los filósofos paganos que admitieron la existencia de la materia increada, ó la fatal necesidad de las cosas, incurrieron, respecto á la antigüedad del mundo, en el error aristotélico. Figura entre los filósofos modernos Robinet como su principal restaurador, y aunque admite que el mundo se distingue de Dios y no forma parte de la esencia divina, enseña sin embargo que emanó necesariamente de la naturaleza misma del Ser infinito sin que tuviese principio alguno de existencia, en una palabra, reconoce la necesidad y la eternidad de la creación. Los racionalistas eclécticos y trascendentales abrazaron esta hipótesis absurda que arranca del fondo del sistema panteísta.

Pero la Filosofía verdadera prueba con razones indubitables la tésis siguiente: *Mundus a Deo, tamquam à prima causa, effectus est per creationem à nihilo*, esto es, el mundo fué hecho por Dios, como causa primera, por la creación, de la nada. También demuestra concluyentemente la proposición que se enuncia así: *Creatio nullam repugnantiam involvit*, es decir, la creación no envuelve repugnancia alguna. La diferencia que existe entre la crea-

ción y la simple producción de las cosas se halla expuesta de una manera tan profunda como luminosa por el insigne Filósofo. Hé aqui sus palabras: *Est quidem duplex modus causandi. Unus quidem, quo aliquid fit, præsupposito altero. Et hoc modo dicitur fieri aliquid per informationem; quia illud quod posterius advenit, se habet ad illud quod præsupponebatur, per modum formæ. Alio modo causatur aliquid, nullo præsupposito. Et hoc modo dicitur aliquid fieri per creationem.* (*) «Existen en verdad dos maneras de causar. Una es ciertamente por la cual se hace algo, presupuesta otra cosa. Y de este modo se dice que algo es hecho por información; porque, aquello que sobreviene posteriormente, se tiene respecto de la cosa que se suponía, por manera de forma. La otra es, cuando alguna cosa es causada, sin que nada se presuponga, ó *préviamente existita*. Y de esta manera se dice, que algo es hecho por creación.»

El testimonio irrecusable de la tradición y de la historia, así como los caracteres que el mundo ostenta, perfectamente deter-

(*) In lib. De causis lect. 18,

minados por las ciencias fisico-naturales, prueban que aquél, por lo que respecta al hecho, fué creado en el tiempo. *Ad factum quod spectat, mundus in tempore conditus est.* La aparición del cosmos en el momento histórico en que haya de admitirse, no puede alcanzar determinación precisa sinó por el testimonio de la tradición y de la historia, debiendo además tomarse en cuenta los caracteres y las modificaciones que hubiese experimentado aquél en el trascurso del tiempo. Las teorías cosmogónicas y las observaciones geológicas no conducen sinó á la confirmación de la tesis establecida. El estudio de las ciencias y de las artes en las diferentes fases de su evolución progresiva justifica y corrobora la existencia de los seres en una época determinada. Ni la razón filosófica, ni los datos más positivos suministrados por las ciencias fisico-naturales, ni los monumentos incontestables de la tradición y de la historia nos inducen á admitir la eternidad del mundo, antes por el contrario hacen de todo punto quimérica y absurda la hipótesis así concebida, hallándose en contradicción manifiesta con la observación y la experiencia. El mismo Lucrecio comprendió, á pesar de seguir á Epicuro, la

imposibilidad de la duración eterna del mundo. (*)

Si intentamos remontarnos en la cadena de los siglos al momento histórico en que tuvo lugar la aparición del mundo ó de la materia cósmica, las teorías científicas apoyándose en la observación y la experiencia no dan solución cumplida al intrincado y trascendental problema acerca del origen y de la antigüedad de los seres; y por esta causa la ciencia positiva, sin otro auxilio, no puede demostrar sinó la exageración de sus aspiraciones y la limitación de la esfera que recorre en su desenvolvimiento.

Los sábios contemporáneos afirman que toda la materia de nuestro sistema solar fué en el principio una muy grande y única nebulosa. La materia del sol, de la tierra y de los demás planetas que se desprendieron por el movimiento general de

(*) Præterea si nulla fuit genitalis origo
Terræ et cœli semperque æterna fuere,
Cur supra bellum Thebanum et funera Troiæ
Non alias alii quoque res cecinere poetæ?
Quo tot facta virum toties cecidere? nec usquam
Æternis famæ monumentis inclyta florent?
Verum, ut opinor, habet novitatem summa recensque
Natura est mundi, neque pridem exordia cepit.

De natura rerum lib. 5.

rotación, se encerraba y contenía en la *nebulosa primitiva*. La materia de esta era muy ténue, en razón del grado de calor muy notable en que la misma se encontraba. Sus movimientos de revolución característicos se conciben por la impulsión recibida en determinado sentido. Pero llega un periodo en el que se inicia la condensación de la materia primordial por el enfriamiento, según cree Laplace, ó por el cambio de la energía calorífica, según opinan otros sábios modernos, y desde el momento señalado las moléculas de aquella empiezan á agruparse, disminuyéndose el número de sus vibraciones y aumentando por consiguiente la longitud de las mismas. El primer periodo de condensación que se admite, dió lugar á un estado vaporoso y fosforescente de la materia caótica, constituyéndose así la *nebulosa primitiva*.

La condensación no se detiene, y pronunciándose cada vez más y más, hace que la nebulosa primitiva experimente muy profundas transformaciones en periodos indefinidos, y llega por fin uno en que, dislocándose la nebulosa primitiva y homogénea, se produce el desprendimiento de inmensas moles de materia; las dislocaciones sucesivas explican las nebulosas par-

ciales que se admiten en la actualidad. Cuando todavía eran tan vaporosas y sutiles que ni aun siquiera emitían luz, sin perder los movimientos de rotación y traslación á que se hallaban sometidas, continuaban en el trabajo de condensación iniciado ya en una época remotísima, y acreciéndose—como es natural—su rotación de una manera proporcionada al decremento de su volumen.

La condensación de las nebulosas particulares no podía verificarse de una manera uniforme, porque á ello se oponían el aumento en la velocidad de rotación y el acrecentamiento consiguiente en la fuerza centrífuga; de aquí resulta, que la condensación era mayor en las moléculas más próximas al eje giratorio, constituyéndose así el núcleo central de las nebulosas. Si se toma en cuenta el progresivo incremento de la rotación y de la fuerza centrífuga, había de suceder que esta fuerza, que al principio no hacía más que equilibrar ó contrarrestar á la de atracción, alcanzara á sobrepusarla más tarde, y entónces es llegado ya el momento de verificarse la separación de anillos desprendidos del núcleo central, los cuales, bajo la influencia necesaria de la atracción molecular, se con-

virtieron en nebulosas parciales con movimiento de rotación sobre su eje y el de traslación en derredor de su primitivo centro. Estas nebulosas parciales constituirían los planetas, mientras que aquellas de donde se desprendieron, formarían los soles. De esta manera podrá concebirse, por lo menos hasta cierto límite, el origen cosmogónico del sol y el de la tierra según las modernas teorías.

Se admite que las nebulosas parciales experimentaron profundas transformaciones en periodos muy dilatados, y la hipótesis científica tiende á reconocer las mismas fases de evolución en el globo terráqueo, debiendo ser más rápidas en razón de su menor volumen. Suponiendo, pues, á la tierra en el estado de sol, hubo de enfriarse sucesivamente por la irradiación y adquirir, en virtud del enfriamiento producido, los diferentes estados de globo líquido, globo pastoso y globo opaco ó planeta. La elevada temperatura de la tierra en el primer periodo planetario nos da cuenta de las grandes perturbaciones ocurridas hasta que hubo llegado la época en que el enfriamiento de la corteza de nuestro planeta permitió que las aguas se reunieran, constituyéndose así los primeros ma-

res y surgiendo el elemento que se llamó *árida*.

Prescindiendo de muchos detalles que no se refieren al objeto ni á la índole de este trabajo, solamente haré notar, que en la exposición cosmogónica que procuré hacer con toda claridad y concisión, se incluye el primer periodo geológico, ó sea el tercer dia del Génesis.

Á pesar de los esfuerzos hechos por los ilustres representantes de la ciencia cosmogónica, no puede menos de advertirse, que esta ciencia no descendió todavía de las regiones de las hipótesis. En efecto, no fué posible determinar, si la materia cósmica se encontró al principio en un estado etéreo y ponderable ó en un estado también etéreo é imponderable. No se sabe tampoco, si la materia y la fuerza coexistieron desde el primer momento, ó si la fuerza se unió á la materia después de la existencia ó creación de esta. No se halla demostrado que el éter, indispensable medio para la trasmisión de las ondulaciones caloríficas, luminosas y eléctricas tenga una existencia independiente. Algunos sábios establecen la identidad del éter con los fluidos imponderables y muy especialmente con la electricidad. No

está averiguado, que la fuerza primordial sea la electricidad ó la atracción, siquiera para sostener esta última hipótesis se hubiese empleado la Geometría, y hecho aplicación de un cálculo prodigioso. No aparece demostrada la existencia de una nebulosa primitiva única y homogénea, ni sus fases sucesivas de nebulosa planetaria, estrella nebulosa, sol, planeta y luna. El núcleo sólido de los soles, el núcleo en estado de fusión y en el gaseiforme no constituyen en realidad sinó meras hipótesis que la teoría concibe y no demuestra.

Si fijamos la atención en el principio que sirve de base á la Cosmogonia moderna: «la condensación de la materia, acelerando el movimiento de rotación, debió dar origen á las diversas formas porque ha pasado la primitiva materia cósmica, y de las cuales hay todavía ejemplares en el cielo;» fácilmente se descubre que no tiene un valor absoluto, toda vez que deja de comprender y abrazar el primer periodo cósmico ó sea el primer tránsito de la materia primitiva hácia su condensación.

Apenas si alcanzamos á explicar, como muchos sábios modernos en sus investigaciones cosmogónicas prescinden de la noción positiva y absoluta del Ser neces-

rio, sin la cual todo sistema científico carece del más indispensable y sólido fundamento. Habiendo el célebre Laplace exhibido su tratado de Cosmogonia á Napoleón I, este manifestó su profunda extrañeza de que en toda la obra no se mentara ni una sola vez siquiera el nombre de Diós, á lo cual repuso el cosmólogo francés: *No he necesitado de esa hipótesis.*

La aseveración procaz é impia de este sábio moderno encierra el *ateísmo* que es de todo punto insostenible en las regiones de la ciencia. Las obras del Criador ostentan siempre el carácter de incomprendibles en lo que atañe al fondo ó naturaleza de las mismas, á la par que en aquello que se refiere á sus causas y fines próximos. No se concibe como la ciencia intente nada menos que explicar el origen y la evolución del cosmos y de todas las cosas, sin que en sus profundas investigaciones no descubra yá desde un principio al Autor de las criaturas. La Cosmogonia como las otras ciencias en relación con aquella, no podría explicar jamás la existencia ó aparición de los seres que procediendo inmediatamente de Diós, hacen absolutamente necesaria la intervención de

un Ser infinito, capaz de dar la existencia, el movimiento y la vida á lo que antes no era, y esta verdad absoluta alcanza y se extiende todavia á aquellos seres en los que se admite y reconoce la creación derivada. Solamente á la ciencia moderna, en algunos de sus representantes afiliados al *evolucionalismo* de Haeckel y al materialismo ó positivismo de los Büchner, Herbert-Spencer, Vogt y *otros muy especiales y eminentes ingenios*, le resta declararse paladinamente *atea y materialista*.

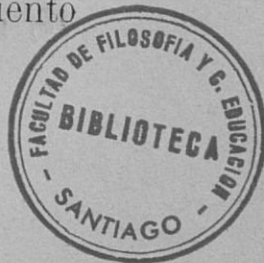
La razón científica no puede alcanzar la solución cumplida de los muy intrincados problemas, que con mucha frecuencia ocurren en el dilatado imperio de las ciencias. La breve reseña de los sistemas, y su evidente contradicción en las nociones fundamentalísimas demuestran que el origen del cosmos y de todos los seres no puede explicarse sin admitir la creación en el tiempo por el Ser infinito.

Diós *es el que es*, la realidad infinita, la fuente perenne de vida, el principio de todo movimiento, el autor de la existencia, la causa primera de todas las cosas, el *Ente à se*; en cuya palabra se refleja el eco misterioso de la esencia infinita y

de los atributos tan infinitos como la esencia misma, sin que la mente humana alcance jamás á determinar, sinó de una manera muy imperfecta y limitada, cuanto se refiere al conocimiento de Diós y de sus atributos. Empero, la inteligencia humana sin otro auxilio llega á descubrir dentro de la esfera de lo cognoscible las manifestaciones del Ser infinito, cuyo poder se ostenta muy claramente en las cosas que un dia *no eran*, y de las cuales el hombre ni otro ser finito puede considerarse ni aun siquiera suponerse como causa.

Solamente la Filosofia cristiana guiada en sus investigaciones científicas por la brillante antorcha de la revelación, llegó á la determinación positiva acerca del verdadero origen del cosmos y de todos los seres que lo constituyen, hallándose en este punto, como en todos, la razón limitadísima del hombre iluminada por la fé.

La aparición del hombre sobre la faz de la tierra señala una época muy bien determinada, ó un periodo geológico, que no contradice ni se opone á la cesación en la obra creadora del Ser Omnipotente. Los más distinguidos é ilustres representantes de la Geologia pudieron confirmar la gradación ascendente en el orden del nacimiento



ú origen primordial de los séres organiza-
dos, y aun descubrir la unidad de designio
del Criador en la sábia y admirable dispo-
sición de las partes del *universo*; viéndose
aquí también á la ciencia en perfectísima
armonía con el sublime relato del *Génesis*.

Para que algunos *semi-sábios* no se
envanezcan en sus pensamientos, ni dejen
de admirar los profundísimos misterios que
encierra la obra del Criador, ni se atrevan
á insultar al Soberano del cosmos y de
todas las criaturas, consignaré el muy elo-
cuente testimonio de un poeta que en el
raudo vuelo de su inspiración religiosa
cantó de esta suerte: (*)

Sistemas sábios que en palabras bellas
Y en discursos brillantes concebidos,
Dar pretendéis la ley á las estrellas
Sin dejar á los hombres convencidos,
Volved, os ruego, sobre vuestras huellas
Ahorraos de trabajos tan perdidos:
Gastad antes los rasgos de la pluma
En confesar vuestra ignorancia suma.
Ah! loco indagador de los resortes
Que al mundo todo dan el movimiento,
¿No ves, (porque tu arrojo así reportes)
Que en tí se estrella tu conocimiento?
¿Qué eres un mar donde te faltan nortes
Que aseguren tus rumbos? ¡Desatento!
¿Quieres aun que á siervo tan villano
Sus proyectos descubra el Soberano?

(*) Racine.—Cant. V.

Determinado ya el origen del *cosmos* según la verdadera ciencia, y señalada la época de la aparición del hombre sobre la tierra, voy á emprender la discusión de algunos puntos de muchísima importancia y en relación más directa con el objeto que me propongo.

II.

Las dificultades que se encuentran en la investigación de la verdad deben producirnos la convicción de nuestras flaquezas mas no irritación ni despecho; ¿podemos acaso mudar nuestra naturaleza? Está en nuestro poder el alterar el grado que ocupamos en la escala de los seres?

(BALMES, *Filosofía elemental.*)

MUCHOS sábios modernos afiliados al positivismo se empeñan en determinar el origen y la antigüedad del hombre prescindiendo de la creación del mismo en una época determinada, y, á pesar de los esfuerzos hechos en este sentido, es innegable que todavia se espera con ánsia la solución de tan importante y trascendente problema. «Nada más admirable por la verdad y sencillez, que la narración Mosáica, al hablar de la aparición del hombre sobre la faz de la tierra, pues dice, que en el sexto

dia ó época fué creado aquél á imagen y semejanza de Diós, que su cuerpo fué formado de barro y que una vez erigida tan hermosa estatua, Diós le comunicó movimiento y vida, infundiéndole un alma: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ.*»

«Siquiera la historia del origen del hombre hecha por Moisés no tuviese otro valor que el que se atribuye á otras historias ó libros no inspirados, siempre será una verdad irrefragable, que la sabiduría humana se pierde en vanas conjeturas y se extravía de una manera muy lastimosa, si desconoce y rechaza la relación del escritor sagrado. Bién que los verdaderos sábios encuentran en la referida historia un plan de creación tanto mas digno de asombro, cuanto más se adelanta en el estudio de las ciencias fisico-naturales.»

Segun la verdadera ciencia necesario es reconocer y admitir el origen *divino* del hombre, porque otro origen cualquiera como el *simiano* repugna á la razón, y contradice y se opone abiertamente á la observación y á la experiencia. En efecto, la posibilidad del origen animal del hombre conduce á la admisión de las hipótesis más extravagantes; «tal es, por ejemplo,

la invasión, en una época dada y sobre uno ó muchos puntos dados de la atmósfera terrestre, de ciertas *auras* ó gérmenes humanos que aspiraron con avidez las hembras de monos, madres de los primeros hombres.» (*)

La observación y la experiencia callan, no suministrando ni aún siquiera el más leve indicio en favor del origen simio del hombre. M. Quatrefages partiendo de la síntesis de los progresos verificados en la ciencia antropológica desde principios de este siglo hasta la actualidad, establece la conclusión ineludible y absoluta: «La teoría del origen simiano del hombre no es más que una mera hipótesis, un simple juego de imaginación, en favor del cual no se ha podido invocar hecho alguno preciso; y del cual todo, por el contrario, demuestra su poco fundamento.»

M. Huxley no se atreve tampoco á afirmar la filiación del mono y del hombre; hé aquí sus palabras: «De que exista ó haya existido una escala desde el mono al hombre, *seguro estoy de ello*. Empero, ahora la distancia entre ambos, es enteramente la de un abismo..... Por mi parte,

(*) Los Esplendores de la Fé. T. II. Pág. 181.

prefiero reconocer este hecho, así como mi ignorancia respecto de dicha escala, más bien que dejarme caer en una de esas honduras abiertas á los piés de algunos investigadores impacientes que no quieren esperar las luces de una ciencia más adelantada que la del tiempo presente.»

M. Büchner (*El hombre según la ciencia*) manifiesta por el contrario, que el origen *natural* del hombre se halla perfectamente averiguado, siendo en realidad el más grande de los descubrimientos de la ciencia moderna. ¿Qué razones aduce este célebre *semi-sábio* que así desmiente á la sana razón como prescinde de la experiencia, para lanzar á los vientos de la publicidad una tan extraña aseveración? Ninguna. Consignaré, pues, las estupendas palabras de este autor, para que se juzgue por ellas el criterio *elevadísimo* que encierran. «Entre todos los progresos de la inteligencia humana, es preciso colocar, en el primer rango, el del descubrimiento del origen *natural* del hombre.» ¡*Oh res prorsus mirabilis!*

En la obra de W. Wundt (*Elementos de Fisiología humana*) párrafo 62—*Origen de las especies*—se hallan expuestos de una manera sucinta los puntos capitales

que se refieren á la teoria de las metamórfofis ó trasmutaciones específicas de organismos muy sencillos, cuya existencia primordial es debida nada menos que á la generación espontánea, en organismos cada vez mas complejos en virtud de las leyes establecidas y formuladas por Darwin; mereciendo al Profesor de Heidelberg tal seguridad la teoria indicada, que no recela afirmar que llena yá las exigencias de la ciencia en la época actual.

La observación y la experiencia desmienten la tesis precedente en todos sus extremos, y la razón la invalida y destruye completamente. *Punto de partida*—la hipótesis de la generación espontánea de organismos muy sencillos en una época indeterminada; la cual, además de ser absurda, contradice y se opone abiertamente á la experiencia.—*Proceso científico*—la evolución progresiva de los referidos organismos en armonia con las leyes de Darwin; la cual carece de todo fundamento empírico-racional.—*Conclusión*—la existencia actual, segun la ciencia, de organismos muy complejos (sin excluir á ninguno de los darwinistas) en relación con una especie *intermediaria*, cuya pérdida lamentan los verdaderos representantes de la ciencia mo-

derna. *¡Quis talia fando, temperet à lacrymis!*

Los defensores de la herencia simia del hombre pueden, sin el más leve inconveniente, entrar en posesión de la misma y aun disfrutarla *in sólido*, porque es seguro que los hombres de buen sentido renuncian generosamente á la parte que llegase á tocarles, en el caso de resolverse un día, *lo que es imposible*, la cuestión que se agita en las muy elevadas regiones del moderno positivismo.

Las tentativas hechas en nombre de la ciencia con el objeto de averiguar el origen de las especies dieron lugar al *transformismo*, cuyo sistema no explica la aparición del hombre ni la de los otros seres organizados, y destruyendo los caracteres esenciales que presentan y aun las leyes que presiden á su desenvolvimiento, rechaza la sucesión no interrumpida de las especies en toda la creación animada. El testimonio elocuentísimo del inmortal Linneo no encierra ya un fondo de verdad indestructible: «*Species tot sunt, quot diversas formas ab initio produxit infinitum Ens; quæ formæ secundum generationis inditas leges, produxere plures, at sibi semper si-*

miles. Ergo species tot sunt, quot diversæ formæ seu structuræ hodiernum occurrunt.—Species constantissimæ sunt, cum earum generatio est vera continuatio.» (1)

Haré la versión literal de las frases anteriores, para que sea mucho más fácil apreciar la distancia que separa á Linneo de los modernos *naturalistas* en una cuestión de tan grande importancia. «Existen tantas especies cuantas son las formas diversas que el Ente infinito produjo desde el principio: cuyas formas, según las leyes propias de la generación, produjeron otras muchas, pero siempre semejantes á si mismas. Luego, existen tantas especies cuantas son las formas diversas ó estructuras que en la actualidad se observan. Las especies son muy constantes, como que su generación es una verdadera continuación.»

Si por especie debe entenderse, una misma naturaleza y una misma forma inmutable en su tipo en individuos diferentes y que se perpetuan indefinidamente por la generación; (2) ó bien, según quiere

(1) Philos. botan. §§—157-102.

(2) Fredault, p. 28.

Quatrefages,—el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, que pueden ser considerados como descendientes de un padre primitivo único, por una sucesión no interrumpida y natural de familias: entonces, la razón científica y la experiencia demuestran la verdad indestructible establecida por Linneo, y destruyen por otra parte así el poligenismo como la teoría transformista que no se apoya sinó en la hipótesis más extravagante.

El transformismo supone que las especies superiores nacen de otras inferiores, y que la transformación que estas experimentan, puede verificarse ora de una manera rápida y brusca, ora lenta y gradual. Los partidarios de la primera hipótesis creen posible la aparición súbita de un nuevo tipo emanado de un ser específicamente distinto, mientras que los defensores de la segunda, apoyándose en Darwin, admiten el hecho del cual se dan cuenta y exponen diciendo, que las modificaciones experimentadas por los seres son muy graduadas, y que el tránsito de una especie inferior á otra superior no se realiza sinó al través de especies intermediarias, llegando así á tocarse los dos extremos de la série evolutiva.

Darwin, en su obra «*La descendencia del hombre,*» y Haeckel en su «*Historia de la Creación de los seres organizados,*» discuten acerca de una cuestión perfectamente conocida, conviniendo así el maestro como el discípulo, en atribuir el origen del hombre á un tipo hipotético que la naturaleza no presenta, al menos con los caracteres que la teoría exige. Sin embargo, Haeckel, reconociendo en las *moneras* cuanto basta á constituir las en tipos primordiales de todos los seres vivientes, hace llegar al hombre á la categoría de perfección en la cual hoy le observamos, después de haber recorrido nada menos que veintiuna formas típicas transitorias, á partir de la forma inicial supuesta. No pudiendo establecer sinó cierta similitud entre el hombre y el mono en la actualidad, crea entonces un tipo imaginario, esto es, el hombre *pithecoide*, el cual ocupando el grado veintiuno de la serie transformatriz, hace desaparecer hasta cierto límite la distancia que existe entre la forma simia y la humana.

Darwin descubrió la relación y encadenamiento del hombre con el mono, y prescindiendo de las facultades psíquicas, fija muy especialmente la atención en cier-

tos detalles físicos de la especie humana, á los cuales considera como rasgos inequívocos de *atavismo* parcial, si bién por otra parte confiesa, que aquellos detalles sólo por excepción llegan á observarse. Es de notar que Heckel priva al mono típico, del cual el hombre deriva, de un apéndice que Darwin generosamente le concede; pero están muy conformes en la cuestión fundamental del origen de la especie humana, y fuera de esto, lo demás poco ó nada significa.

El darwinismo invocando la ley de caracterización permanente, en cuya virtud las modificaciones experimentadas por los seres obedecen siempre á las exigencias propias de la organización en un sentido determinado, sin que llegue á desaparecer en ningún tiempo el carácter del tipo primordial ú originario, se destruye á si mismo, haciendo imposible la derivación de una especie de otra, cualquiera que sea la razón que intente darse, á no ser que se admita la derogación de la ley formulada por el expresado sistema.

Como la inteligencia en el hombre basta, sin otro elemento, para caracterizarle específicamente y señalar la distancia infinita que le separa del hombre pithecoide

de Haeckel y del tipo admitido por Darwin; fué necesario que apareciese Wallace, quién asegurando, que en los primeros momentos de la época terciaria una causa desconocida desenvolvió en el ser antropomorfo la inteligencia que observamos en el hombre actual, dá por resuelto el problema, sin necesidad de otro recurso más que el sugerido por la *utilidad inmediata y personal*, única causa eficiente ó capaz de poner en juego la selección. Sin embargo, Wallace hace intervenir una inteligencia superior para explicar la existencia del hombre, y por esta causa no considera suficientes la selección natural ni la artificial á cuya influencia atribuye respectivamente la aparición de las especies salvajes y el perfeccionamiento de las razas vegetales y animales; de lo cual se infiere, que el naturalista citado, al reconocer una voluntad inteligente, como indispensable para la realización de la especie humana, destruye la base de la teoría darwinista, que tiende á referir, así el origen del hombre como el de todos los seres organizados, á la acción y al poder exclusivo de las causas segundas.

Después de haber indicado muy someramente las hipótesis transformistas, voy

á permitirme algunas consideraciones que demuestren la falsedad de las mismas, exponiendo por último en relación con nuestro objeto la verdadera doctrina acerca del origen del hombre. En efecto, el sistema darwinista no admite las transformaciones operándose de una manera fortuita y en todos sentidos, sinó que por el contrario afirma, que aquellas se realizan siempre en una dirección fija y determinada por las exigencias propias de la organización misma. El fundamento esencial del sistema aludido es el que acabamos de consignar y constituye *la ley de caracterización permanente*, sirviendo para explicar la derivación de los seres, sus caracteres y sus múltiples relaciones. Además, las modificaciones que haya de experimentar un organismo cualquiera, podrían ser secundarias, terciarias, &c..... pero nunca dejaría el organismo modificado de conservar el sello del tipo originario.

La ley fundamental establecida demuestra evidentemente que el darwinismo es un sistema contradictorio; porque, al proclamar la procedencia de una especie superior de otra inferior en virtud de las modificaciones que esta sufre en la série

evolutiva, afirma el hecho de la mutación específica, cuya posibilidad niega la ley de caracterización permanente. ¿Podría suponerse que en una especie determinada no se hallan perfectamente caracterizados los seres que á la misma se refieren?

Darwin y Haeckel discuten acerca del tipo originario de la especie humana, y como afecta una naturaleza distinta de la del hombre, resulta que los dos se ponen en contradicción con la ley fundamental del sistema que defienden. Bien es verdad, que no existiendo diferencia específica entre los dos tipos supuestos por los autores citados, quizás la similitud que pudieran descubrir entre aquellos y el hombre fué muy suficiente para llegar á establecer la identidad, así en el orden físico como en el funcional. Pero la razón apoyada en la experiencia demuestra, que en la especie humana los caracteres físicos y los funcionales se distinguen de los que se refieren á los tipos creados por Darwin y Haeckel, y por esta causa no será posible establecer la identidad que se supone, á pesar de las transformaciones que dichos tipos experimenten, ya que la *ley de caracterización permanente* no admite la mutación típica en ningún caso.

El darwinismo hecha en vano contra la ley formulada: así que la filiación de los grupos en la serie no podrá en manera alguna separarse del círculo trazado por la misma ley, porque una vez caracterizados aquellos, á qué causa había de atribuirse la transición de un tipo á otro diferente? También debe notarse, que el tipo admitido por Darwin descende un grado más que el de Haeckel en la escala de perfección evolutiva, y por esto, no llega á desaparecer la elevación del origen asignado á la especie humana, que es sin duda lo más esencial en el sistema. ¡Qué delirio!

Las investigaciones anatómicas llegaron á demostrar por el estudio comparativo del hombre y de los antropomorfos, el hecho siguiente: la realidad de un orden inverso en el desarrollo de los principales aparatos orgánicos. Welker en sus experiencias sobre el ángulo esfenoideal de Wirchow obtuvo el mismo resultado, á saber: la disminución de dicho ángulo en el hombre, á partir del nacimiento, y por el contrario el incremento progresivo en el mono. Gratiolet determinó la existencia de la inversión evolutiva en las circunvoluciones temporo-esfenoideales del cerebro en el hombre y en el mono, las cuales forman el lóbulo medio, observando

que dichas circunvoluciones aparecen en aquel después de las frontales, mientras que en este son las primeras que se desarrollan, en lo que se descubre de una manera evidente el hecho que dejamos consignado. El darwinismo no puede admitir, que un ser organizado descienda de otro cuya evolución se verifica en un sentido inverso; y entónces, ¿cómo afirma que el hombre debe proceder de un tipo simio, lo que es imposible y pugna con los principios en los cuales intenta apoyarse?

La paleontología no mostró siquiera un tipo algo semejante al hombre pithecoide, y por esto, hubo de buscarse entre los seres vivos lo que en vano se intentó descubrir en el imperio de la muerte; en el cerebro del hombre afecto de microcefalia y en el del mono antropoide parece existir alguna similitud, según Vogt, y á Haeckel le agradó incluir en su genealogia á los cretinos, á los microcéfalos y á los idiotas, como á los verdaderos representantes en la época actual de su *hombre privado de la palabra*. Por consiguiente, los hombres microcéfalos y de facultades psíquicas poco desarrolladas, son, á no dudar, muy elocuentes testimonios de *atavismo*, los cuales no podrán referirse sinó á las condi-

ciones ordinarias del tipo primordial que reproducen.

La argumentación de los darwinistas es por extremo infundada, porque los casos teratológicos que son excepcionales, no pueden en manera alguna considerarse como fenómenos de *atavismo*, existiendo además otro inconveniente muy grave, cual es el de tomar por típico uno de los caracteres con exclusión de los demás, en contra de lo que el método natural exige. Harto sabido es que la microcefalia consiste en una detención del desarrollo que afecta al cráneo y á su contenido; pero esta alteración no se limita á las partes indicadas; suelen también afectarse otros órganos y funciones, enseñándonos la experiencia que los microcéfalos son infecundos. ¿Por qué la infecundidad no se mira como un hecho muy notable de *atavismo* por los darwinistas?

Á todos aquellos que afirman, que las diferencias de estructura que existen entre el hombre y el mono, son muy pequeñas y de escasa importancia, puede oponerse la autoridad del anatómico Huxley: «cada uno de los huesos del gorila lleva un sello ó carácter, por el cual se distingue del hueso humano correspondiente, y en la creación

actual ningún ser intermediario existe que pueda llenar el vacío que separa al hombre del troglodita.»

Fuera de los caracteres orgánico-fisiológicos: ¿cómo podrá el darwinismo explicar el desarrollo progresivo y la aparición de la inteligencia en el hombre, la cual establece y señala una distancia infinita entre este y el tipo primordial que se le asigna? Buffon en su obra *Histoire de l'homme* se expresa así: «hemos dicho ya, que la naturaleza camina siempre y obra en todo por gradaciones imperceptibles, y esta verdad que no admite la menor excepción en todo lo demás, se encuentra aquí enteramente en falso, por cuanto hay una distancia infinita entre las facultades del hombre y las del más diminuto animal; prueba evidente de que el hombre es de distinta naturaleza, y que por sí solo forma una clase separada, desde la cual es forzoso bajar recorriendo un espacio infinito antes de llegar á la de los animales..... El hombre es un ser que raciocina, el animal es un ser que carece de razón; y como no hay medio entre lo positivo y lo negativo, ni seres intermedios entre lo racional y lo irracional, resulta de ahí con evidencia, que el hombre es de naturaleza totalmente distin-

ta de la del animal ó bruto, al cual solo se parece en lo exterior.....»

La ciencia moderna no alcanza á resolver el muy grande y trascendente problema del nacimiento ú origen de las especies, y atribuyendo un poder ilimitado á las fuerzas cósmicas no acierta á descubrir la verdad, porque el error dominaría á la inteligencia humana, si en el horizonte científico no se viera la *Luz increada* brillando siempre con todo su esplendor. La ciencia de algunos que se dicen sábios, es á fuer de positivista, atea, porque no se dá ni se concibe en la negación de la Causa primera sinó la ruina y la destrucción completa del edificio científico. Si por el contrario no se atribuye á las causas segundas sinó la influencia que en realidad poseen, la razón no se extraviará tan fácilmente en el complicadísimo estudio de la naturaleza.

La verdadera ciencia en perfecta armonía con la revelación enseña y demuestra esta verdad incontestable: el origen del hombre y de todos los seres orgánicos no es ni puede ser otro, que la creación de los mismos en una época determinada. Una vez rechazada ó puesta en duda la doctrina establecida, no hay posibilidad de

alcanzar la resolución del problema que la ciencia moderna se propone. Siendo, pues, la conservación de los seres una creación continuada, la experiencia justificó respecto de los organismos creados, que para conservarse como especie, poseen entre las operaciones fundamentales la de reproducirse de una manera constante. Si por un momento se admitiese la hipótesis del transformismo, la consecuencia indeclinable sería: que la virtud generativa de que gozan los seres orgánicos, puede transmitir algo que no se encuentra en sí misma, ni conviene á su naturaleza. Mas, como esto se opone á la idea de generación, la cual consiste en la procedencia de un ser viviente de otro, *in perfectam essentiae similitudinem*, resulta perfectamente demostrada la falsedad de dicho sistema.

Las causas segundas son finitas y su acción limitada; de aquí se infiere, que por ellas no podrá resolverse la cuestión del origen del hombre, y además, que serán inútiles cuantos esfuerzos se hagan, no admitiendo la creación de la nada por Diós como primera causa de todas las cosas, porque lo que existe sinó fué creado, ¿á qué causa debe la existencia? Por lo que al hombre se refiere, he aquí el sublime

y evidentísimo testimonio del más grande de los libros: *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem.* (*)

La eternidad del mundo repugna á la razón y además se opone al testimonio de la verdadera historia y á los hechos suministrados por las ciencias físico-naturales en sus más distinguidos é ilustres representantes. La eternidad del hombre que la ciencia refiere por otra parte á una época indefinida, es también un error que halaga al incrédulo y al materialista, porque la idea de creación y de un Dios creador no satisface á los deseos del corazón pervertido, antes bien sirve para aterrar al *sábio* que se envanece en sus pensamientos, soñando nada menos que en la eternidad del cósmos y de todos los seres finitos. La funesta necesidad de ateísmo caracteriza muy especialmente á las teorías sistemáticas, que atribuyen el origen de las cosas á la evolución necesaria y progresiva del blastema primordial sometido á la acción incesante y perenne de las leyes cósmicas.

(*) Genes. Cap. II. V. VII.

El panteísmo establece la síntesis absoluta para confundir á Dios con las criaturas, y la ciencia positiva de muchos autores modernos rechaza la série casi infinita de las manifestaciones que trascienden al orden físico, para destruir las nociones elevadas que la inteligencia humana adquiere en el vastísimo campo de las ciencias filosóficas y morales. ¡Qué insensatez! La frase terrible de M. Jorge Pouchet «*El mundo y el hombre no pueden estar ya bajo tutela: no puede haber causa final, ni Dios*» revela el ateísmo y expresa la desesperación más grande que puede concebirse. El abate Moigno considera al autor aludido como el verdadero tipo del sábio en el siglo XIX.

La aparición del hombre sobre la tierra es un hecho histórico, y su antigüedad radica en la cadena no interrumpida de las generaciones que existieron, no siendo imposible la determinación aproximada del momento en que tuvo lugar el principio de existencia del linaje humano. La sucesión de los personajes históricos demuestra muy claramente, que el hombre actual se enlaza con el primer hombre. En ninguna parte se vió aparecer todavía pueblo alguno cuyo origen no pudiera averiguarse.

Todos los hombres ofrecen á las miradas del observador mas atento caracteres esenciales idénticos, y el estudio de las diferentes razas confirma la unidad de la especie humana. Por la emigración y la dispersión de los descendientes de Noé se explica perfectamente la existencia de un centro único de creación para el hombre. La verdad histórica de la reciente antigüedad del mismo no aparece desmentida por la ciencia moderna, á pesar de la lucha encarnizada que sostiene contra la fé y el cristianismo.

Si los partidarios del evolucionismo fingen que pasaron ya millones de años y de siglos, no debe sorprendernos esta ficción poco ingeniosa, porque es natural que busquen en las regiones de una época remotísima y absolutamente desconocida el recurso que han menester para justificar, siquiera de algun modo, el absurdo y extraño sistema que proclaman y defienden con frenético entusiasmo. Pero, la Sagrada Biblia, la tradición constante de los pueblos, los monumentos auténticos base indestructible y perenne de la tradición oral y escrita á la par que expresión muy evidente del desenvolvimiento intelectual y moral adquirido en la épo-

ca que se considere, acreditan y demuestran de una manera perspicua la neantigüedad del hombre.

Los descubrimientos de la arqueología, la geología, la paleontología, y de las otras ciencias no eclipsan ni desmienten la verdad bíblica, y por esta causa necesario es reconocer y confesar, que los esfuerzos realizados por los adversarios de la *Revelación* no alcanzaron á producir, ni aún siquiera el mas leve conflicto entre aquella y la verdadera ciencia. La cuestión de la reciente antigüedad del hombre considerada en el terreno de la filosofía no es en realidad sinó un corolario de la tesis establecida yá en otra parte; *Ad factum quod spectat, mundus in tempore conditus est.*

El gran Cuvier, creador de la paleontología nos ofrece un admirable resumen de los hechos que habia observado. Hélo aqui: «*En todas partes la naturaleza nos habla el mismo lenguaje; en todas partes ella nos dice que el orden actual de cosas no se remonta muy arriba, y, lo que es mas notable, en todas partes el hombre habla como la naturaleza. Ora examinemos las verdaderas tradiciones de los*

pueblos, ora consultemos su estado moral y el desenvolvimiento intelectual que ellos habian alcanzado en el momento en que comienzan sus monumentos auténticos..... La cronología de ningun pueblo se remonta por un hilo continuo mas allá de tres mil años.» Las frases elocuentísimas de este observador tan reflexivo y competente expresan la elevada síntesis de los conocimientos actuales, y corroboran de una manera indubitable la verdad de la Historia Sagrada en lo concerniente al hecho histórico de la aparición del hombre sobre la tierra y su neo-antigüedad. (*)

(*) Quién desee conocer á fondo la cuestión referente á la antigüedad del hombre, puede consultar con provecho la incomparable obra del Abate Moigno—*Los Esplendores de la Fè.*

III.

Hominem esse animam machinæ junctam nemo
sanus it inficias, nisi se merum stipitem fateatur,
atque fidei et rationi vale dicat.....

(SAUVAGES.—*Elementa Physiologiae.*)

NADIE de sano entendimiento niega que el hombre sea un espíritu unido al cuerpo, á menos de confesar por otra parte, no ser otra cosa más que un pedazo de materia (*merum stipitem*) contradiciendo así la fé y la razón. El pensamiento de este autor tan claramente expresado por las frases anteriores, que hé vertido al pié de la letra de la obra citada, constituye por decirlo así, la síntesis de la verdadera doctrina que se refiere al conocimiento del hombre.

También, la denominación de *microcosmos*, ó pequeño mundo, atribuida al hombre por los filósofos encuentra muy sólido fundamento en las palabras del autor aludido. Otro fisiólogo muy notable por las investigaciones hechas sobre el sistema nervioso del hombre y de los animales

se expresa de este modo: «El hombre resume á todos los animales, es superior á ellos, y nada de lo que le rodea, le aventaja. Conoce el tiempo, mide el espacio y calcula el movimiento de los astros: el recuerdo de los siglos pasados conservado de edad en edad permanece en su memoria; escudriña lo presente, sondea lo porvenir: las obras de su inteligencia no pertenecen á la tierra, sus sentimientos salen fuera de ella: suspira por un mundo nuevo, infinito, perfecto, en donde espera la justicia á quien ama, y la felicidad que se imagina. Limitado en las cosas visibles, duda, vacila, camina sin comprender donde vá, y lleno de incertidumbres, desea en otra vida la síntesis de su existencia.» (*)

Segun la sublime doctrina de estos fisiólogos muy distante de la que profesan los *sábios positivistas* de nuestros dias, cabe distinguir diversas ramas del saber en el estudio del hombre. La Antropología en su mas lata acepción comprende la Anatomía y la Fisiología, como igualmente la Psicología y la Ética. Reconozco

(*) Leuret.—Anat. comp. du system. nerveux dans ses rapports, avec l' intell.—t. I.

la grande importancia que tienen las dos ciencias consignadas en primer lugar, pero tampoco puedo menos de admitir y significar, que la Psicología, en sus muy elevadas consideraciones acerca del principio de la vida y del pensamiento, es ciertamente la mas noble de las ciencias que se refieren á la determinación del hombre sintetizada en la frase—*nosce te ipsum*. Asi lo comprendió ya el célebre orador romano interpretando muy sábiamente el precepto de Apolo: «*Nimirum hanc habet vim præceptum Appollinis, quo monet ut quisque se noscat. Non enim, credo, id præcipit, ut membra nostra aut staturam figuramque noscamus; neque nos corpora sumus, neque ego hæc tibi dicens, corpori tuo dico. Cum igitur nosce te dicit, hoc dicit: nosce animum tuum.*» (*)

La verdadera ciencia llegó á formular la noción positiva del hombre á partir de los elementos suministrados por la observación y la inducción, sin que hasta ahora pudieran ser contradichas la definición aristotélica ni algunas otras que se admiten, por más que los materialistas y los

(*) *Tusculanarum*. Qq. 1.

defensores del positivismo actual empeñen muy formidable lucha contra la verdad establecida en harmonia con la existencia de las dos sustancias que constituyen el hombre. *Homo constat ex corpore et anima simul unitis.*

Entre los filósofos antiguos el que mejor definió el hombre, fué el célebre Aristóteles diciendo que es: *animal rationale.*— Esta definición es esencial y reúne todas las condiciones exigidas por la ciencia. San Agustín cuyo ingenio era infinitamente superior al de los representantes de la ciencia moderna nos dió esta definición tan notable: *Intelligentia corpore terreno et mortali utens*, es decir, una inteligencia servida por órganos, según la traducción de Bonald. La definición dada por Hoffman ofrece grande interés por su claridad y por las nociones psicológicas que encierra: *Homo rectius definitur, quod sit mens sive substantia intelligens et libere agens, unita cum corpore artificiosissime constructo vivo.....* (*) la cual traducida al pié de la letra, suena así: el hombre se define bien, diciendo que es una mente ó sustancia

(*) Federic. Hoffm. Oper. Omn.

inteligente y libre, unida con el cuerpo vivo muy artificiosamente construido. Otros autores definieron el hombre: «un animal moral y social» cuya definición es la admitida por los padres de la Iglesia, entre los cuales figura San Basilio.

Prescindiendo ya de algunas definiciones dadas en relación con la naturaleza humana, consignaré sin embargo, la que Cousin admite, estudiándole desde el punto de vista moral. «El hombre es un ser libre y dotado de razón, conoce el bien, y como libre, puede hacerlo: hé aquí por qué tiene deberes y derechos que cumplir. El deber y los derechos elevan á la más alta dignidad la condición humana. Compréndese porque el Ser Supremo ha creado á la naturaleza para el hombre, y las cosas para la persona. La vida humana no se debe despreciar como tantas existencias que se pierden en la vida universal: los designios de Dios sobre ella son grandes, pues ha colocado en ella el deber y el derecho.»

Ni el panteísmo, ni el materialismo, ni el positivismo consiguieron ni conseguirían jamás destruir la verdadera noción del hombre, porque la sana filosofía de acuerdo con la revelación resolvió el

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA
SANTIAGO

trascendente problema que se refiere á la naturaleza humana de una manera tal, que se hace imposible la discusión en el terreno de las hipótesis. Los sistemas aludidos no satisfacen á la razón, ni tienen fundamento sólido en la experiencia, y conducen al ateísmo que es sin duda el absurdo más grande que puede concebirse.

Confunde el panteísta á Dios con el hombre y la naturaleza, y de este piélago de confusión no surge sinó la negación del Ser infinito. Admite el materialista la existencia de la materia en sus variadas combinaciones dependientes tan solo de leyes necesarias y eternas, y de este funesto sistema no resulta sinó la negación del Dios vivo, criador de los cielos y de la tierra. Reconoce el positivista la existencia de aquellos fenómenos que no trascienden el orden puramente físico, y de este experimentalismo exagerado nace la ruina y la desaparición completa de las nociones superiores que se refieren á la inteligencia humana, entre las cuales figura en primer término la idea de Dios, de la *Causa de las causas*.

Tampoco alcanzó la falsa ciencia á determinar el concepto del hombre. En efecto, según el sistema panteísta el hombre es

finito é infinito á la vez, contingente y necesario, moral é inmoral, eterno y perecedero, creado é increado, en una palabra, Diós ó la plenitud del ser y no—Diós ó la nada—ser. Según las teorías materialista y positivista el hombre—materia regida por las leyes cósmicas—es la noción sublime que fué posible concebir, y de esta manera el ser racional no ofrece á las investigaciones científicas sinó una serie indefinida de fenómenos mecánicos y químicos. El único medio que nos resta es la fé, para resistir al torbellino de los errores modernos, y la preparación más conveniente será colocarse al borde de la tumba y meditar.

El hombre confinado á la superficie de la tierra es el único ser que posee la inteligencia, y no reina sobre toda la creación ni domina sobre todo lo que respira, sinó porque es *semejante á Diós*. No es posible negar, que la superioridad del hombre nace del atributo que le coloca á una distancia infinita de todos los demás seres, mereciendo por esto el título de *soberano ó rey de la creación*. Naturalmente débil é inerme vence á todos los animales, encadena al león, sujeta al tigre y á la pantera, hace servir para sus usos al ele-

fante y el dromedario, persigue á la ballena coloso de los mares y la rinde con el acerado arpón y la aterra con las balas explosivas. Su poder se ostenta en la naturaleza que le sirve de agente hasta cierto limite, perfora las montañas, hace que los mares se comuniquen, levanta diques contra las olas que mugen al estrellarse y surca el anchuroso piélago con admirable intrepidez desafiando á los elementos. Calcula el movimiento de los astros, mide sus respectivas distancias, aspira á conocer su íntima constitución por medio de aparatos ingeniosos, y, á pesar de tanta grandeza, el hombre es todavia más pequeño con relación al planeta que habita, que el microscópico insecto para el árbol en que vive. Exiguo en su mole y de muy limitada fuerza triunfa de obstáculos al parecer insuperables, mueve grandes masas con asombrosa rapidez, salva distancias muy extraordinarias y establece comunicación segura y casi instantánea entre las apartadas regiones de la superficie del globo. Solo el hombre lleva erguida su frente para usar del poder que Diós le concedió, y resistir á los impulsos de su naturaleza, alcanzando á ejercer el dominio sobre sí mismo como sobre la

tierra. Por último, solo el hombre es capaz de adquirir nociones sublimes y de elevarse por el conocimiento de las criaturas á la contemplación del Supremo Hacedor.

La observación atenta y reflexiva de los seres que constituyen la naturaleza, demuestra que existen diferentes grados de perfección que es imposible dejar de admitir. Los dos imperios *inorgánico* y *orgánico* que Pallas reconoce, abrazan los reinos *sideral*, *mineral*, *vegetal*, *animal* y *humano*, y esta división, fundada en los fenómenos respectivos y sus causas apreciables para los seres de cada uno de los reinos, se halla al abrigo de las hipótesis y de las teorías.

El reino *sideral* se caracteriza por fenómenos de movimiento kepleriano y la gravitación como la causa que al parecer rige á aquellos. El *mineral* por fenómenos fisico-químicos que pudieron referirse á la ethero-dinamia, pero es de notar, que los seres comprendidos en este reino no excluyen los fenómenos que caracterizan al primero. El *vegetal* ofrece fenómenos característicos que se llaman vitales, y su causa apreciable es la vida vegetativa, sin excluir los fenómenos que se encuentran en

los reinos inferiores. El *animal* se determina por caracteres especiales que se dicen animales, siendo el mas relevante la sensibilidad, y su causa es el alma animal. Este reino no carece de los otros fenómenos asignados á los reinos anteriores. El *humano* ó *antropológico* presenta no solamente todos los caracteres observados en los reinos inferiores, si que también algunos que sirven á caracterizarle de una manera positiva, como la inteligencia ó la razón, y la moralidad y la religiosidad, cuyos dos últimos merecieron la preferencia por parte de Quatrefages. La causa de las manifestaciones características del hombre es el alma humana.

Muchos autores afirman que existen cuatro gradaciones de la existencia, las cuales se distinguen por rasgos muy evidentes. El ser, la vida, la sensibilidad y la razón se atribuyen respectivamente á los reinos de la naturaleza, el *mineral*, *vegetal*, *animal* y *humano*. Esta clasificación no difiere apenas de la anterior, por más que no se haga mención del reino sideral, que se halla incluido en el imperio inorgánico. La ciencia antropológica en sus más distinguidos representantes, la sana filosofía de acuerdo con la revelación,

el sentido común ó el buén sentido reconocen la existencia de la razón, como el atributo que coloca al hombre á una distancia infinita de todos los demás seres, y le conceden los cuatro grados de existencia que se admiten. Asi resulta ser el hombre la síntesis de la creación, y en virtud de su inteligencia forma un reino, que en vano se empeñan algunos en confundir con el reino animal. También parece exigirlo así el método natural, que no excluye ninguno de los caracteres que se manifiestan en los seres. Al través de tantos siglos no perdió nada de su importancia la definición aristotélica.

Sin embargo, existen algunos zoántropos que se empeñan en rebajar la dignidad humana hasta un límite inconcebible, y en la gerarquía de los seres no quieren reconocer la superioridad del hombre sobre los animales. Büchner tiene la osadía de afirmar: «Si hoy, apoyándose en la ciencia y en los más grandes descubrimientos modernos, se busca el puesto del hombre en la gerarquía de los seres, llégase pronto á unas conclusiones diametralmente opuestas á las ideas antiguas. Vese y se reconoce que el hombre, no solo por sus propiedades físicas, sinó aun por

sus propiedades intelectuales, hállase unido de la manera más íntima á la naturaleza ambiente; y que, si se eleva por encima de ella, es solo merced á un grado de perfección más grande y variado de sus fuerzas y facultades.» (*El hombre según la ciencia.*) No sería muy difícil refutar las aseveraciones gratuitas de este autor con argumentos irrefragables, pero la contradicción que aparece en las frases consignadas constituye ya la refutación más completa. En efecto, admite que el hombre se halla unido por sus propiedades físicas como por las intelectuales á la naturaleza ambiente, y que un grado de perfección más grande y variado de sus fuerzas y facultades lo eleva por encima de aquella. Si el grado de perfección que posee el hombre, no proviene sinó de la inteligencia que es el atributo que le caracteriza, forzoso es llegar á una conclusión favorable á las ideas antiguas. Este *semi-sábio* no pudo destruir la noción verdadera y secular que se refiere al hombre, ni alcanzó siquiera á ser original, intentando descubrir las relaciones que existen entre el ser racional y la naturaleza ambiente.

M. Andrés Sansón proclama y defiende

la misma doctrina. Hé aquí las palabras de este insigne representante del moderno positivismo: «Todas las facultades que podemos distinguir por sus manifestaciones, existen igualmente en toda la série animal. No hay diferencia alguna en las diversas alturas de la série más que por el grado de su desarrollo..... Entre las manifestaciones intelectuales, no hay, desde lo más infimo á lo más elevado, en la escala de la organización, más que diferencias de cantidad, no de cualidad.» De las palabras de este autor se infiere, que las diferencias en la escala de la organización no son cualitativas sino de cantidad. No pudo apoyar la afirmación que establece en bases racionales ni empíricas, pero las hipótesis absurdas no exigen ni han menester otra cosa más que la perturbación y el extravío de la inteligencia. Si el hombre no difiere esencialmente de los animales, entonces debe admitirse que el grado de perfección que en realidad posee, se encuentra en la série animal representado por una cantidad definida y constante menos otra cantidad también definida é invariable, cuya diferencia representaría sin duda la cantidad que el hombre lleva y de la cual están privados

ó carecen los animales. Mas, como la diferencia que existe entre el hombre y los animales brutos se determina por la razón, facultad que, aunque limitada, es positiva en el hombre y nula en el animal, resulta que la relación ó diferencia es matemáticamente infinita. Necesario es reconocer y confesar la superioridad del hombre sobre toda la série animal. Solamente algunos soñadores se empeñan en elevar á los animales hasta su propio nivel, *á fin de tener el derecho de rebajarse hasta ellos y de poder vivir como ellos*, segun afirma un escritor muy notable.

IV.

Natura humana, philosophicè considerata, consistit in corpore et anima unitis.

(Piq. *Instit. medic.*)

DEJANDO yá en sus extraviadas y absurdas concepciones á los zoántropos, que no quieren ver en el hombre sinó una individualidad de mayor desarrollo dentro de la série animal, será muy conveniente fijar la atención en otras cuestiones de altísima importancia acerca de la naturaleza humana. Por la experiencia y el raciocinio llega á demostrarse que en el hombre existen dos sustancias esencialmente distintas, la una material, incapaz de sentir y de pensar que se llama *cuerpo*; y la otra simple, espiritual, inteligente y libre que se denomina *alma ó espíritu*.

La admirable combinación de la materia ó la organización, según afirma el célebre anatómico Hunter, nada tiene con la vida de común: no es más que un ins-

trumento, una máquina improductiva hasta en mecánica, si no tiene algo que responda á un principio vital, á saber: una fuerza. Esta es, dice M. de Maistre, una verdad de primer orden y de la mayor evidencia. «En efecto, los elementos de la naturaleza orgánica son tan indestructibles como los elementos de la naturaleza inorgánica; considerados de una manera absoluta en si mismos se identifican ofreciendo caracteres fisico-químicos iguales, pero la existencia propiamente dicha de los cuerpos orgánicos desaparece sin volver jamás. El individuo que muere, y que restituye sus elementos á la naturaleza inorgánica, no alcanza á figurar ulteriormente en la escena de la vida. Resulta, pues, de aquí, que la esencia del cuerpo vivo ó sea del organismo no se funda en sus elementos inorgánicos, sino en otro principio que dispone los elementos inorgánicos comunes á todos los seres vivos, para producir un resultado especial, determinado y diferente en cada una de las especies.

Este principio que designamos con el nombre de *fuerza vital* ó *asimilatriz*, no es inherente á los elementos inorgánicos, ni constituye ninguna de sus propiedades originarias, como la pesantez, la

impenetrabilidad, la polaridad eléctrica &c. mas tampoco podemos concebir en que consista ó cual sea propiamente aquel principio, ni como nace, ni como muere. Podemos sin embargo prever, que si el globo terrestre existiera con sus elementos inorgánicos, sin la naturaleza viviente, y por lo demás en las mismas circunstancias, continuaria privado siempre de los seres organizados. Una fuerza incomprensible, extraña á la naturaleza muerta, ha introducido este principio en la materia inorgánica; y esto no se verificó de una manera fortuita sinó con una variedad asombrosa, con una sabiduría muy grande, con el objeto de producir resultados determinados y la sucesión no interrumpida de individuos sujetos á perecer, los cuales nacen los unos de los otros, y entre los que la organización destruida de los unos sirve de nutrimento para los otros.»

Así habla el eminente químico Berzelius en su obra—*Traité de Chimie*—en un sentido diametralmente opuesto á la doctrina que defienden los materialistas y los partidarios del positivismo. La observación enseña, que el huevo no fecundado es una organización rudimentaria, en el cual llegan á descubrirse con el auxilio del mi-

croscópio las partes elementales de la célula, que puede ser simple ó multiple según los casos y las circunstancias que se admiten, en relación con la división de los huevos de los animales en *holoplásticos* y *meroplásticos*. Si este huevo no fecundado se coloca en condiciones favorables, sometiendo á la incubación y á la influencia del calor animal no se obtiene sinó la putrefacción del mismo. Haciendo intervenir una corriente eléctrica ó galvánica, solamente se consigue acelerar el trabajo de la fermentación pútrida. El Dr. Virey observó yá, que los huevos fecundados no se hielan al mismo grado de temperatura que los que no lo están. ¿Qué le falta, pués, al huevo no fecundado? ¿Por qué las fuerzas fisico-químicas no determinan idénticos efectos en los huevos fecundados y no fecundados? Es evidente que toda estructura ú organización, sin la influencia de la vida, cae bajo el imperio de las leyes que dominan la materia inorgánica. La vida es un elemento, una fuerza incomprensible extraña á la naturaleza muerta.

El hombre posee una organización admirable, por la cual se ostentan de un modo clarísimo el poder y la sabiduría de Dios en la creación. Galeno en su obra—*De usu*

partium corporis humani—reconoce la omnipotencia y la sabiduría del Ser infinito, cuando arrebatado de profunda y respetuosa admiración, exclama: «Sacrifiquen otros hecatombes de toros al Autor supremo, ofrézcanle los más exquisitos perfumes, que yo tengo por piedad más sólida el reconocer y dar á conocer á los demás, su sabiduría, su omnipotencia y su bondad, que tanto resplandecen en la disposición y orden admirable de todas las criaturas del universo.»

No puede negarse que la *organización* es la más excelente de las modificaciones de la materia, y que su perfección se mide y aprecia por el mayor número de operaciones que es capaz de realizar. Por esta causa reviste la organización humana un grado de perfección muy grande, toda vez que desempeña muchos actos y funciones que no aparecen en los individuos pertenecientes á los diversos grupos de la série animal. Aun se observa, que el hombre respecto á las funciones de animalidad es muy superior á todos los seres animados y sensibles. Mas, por lo que toca á las funciones *intelectivas*, las cuales no dependen sinó mediata y extrinsecamente de la organización, responde ésta de una

manera muy positiva á las condiciones especialísimas exigidas por la indole de aquellas. Spurzhein afirma: «El que nos ha creado, nos concedió unas *gracias* que negó á todos los animales.» (*)

El estudio del hombre físicamente considerado manifiesta en los diferentes órganos y aparatos las aptitudes y condiciones mecánicas que existen y se hallan en perfecta harmonia con la función que deben llenar cumplidamente. Pero no es posible apreciar la influencia de los elementos activos, que ponen en juego estos órganos y aparatos mecánicos, sinó por la observación hecha sobre el *organismo*. La anatomia del cadáver muy poco ó nada puede enseñarnos acerca de los resortes vitales que comunican el movimiento y la vida á la organización. En el anfiteatro que es el laboratorio del anatómico, se analizan los restos imponentes del hombre, y se contempla y admira el antiguo santuario de una inteligencia venida del cielo, pero no intentamos siquiera investigar los efectos y las propiedades del elemento vivificador en ninguna de las partes de la organización, porque seria absurdo in-

(*) Observ. sur la Phrenologie Intr. 12.

terrogar á la muerte acerca de los misterios de la vida.

La frase—*no llega á encontrarse el alma con el escalpelo en la anatomía ó disección del cadáver*—revela, en mi juicio, la ignorancia más completa de la ciencia anátomo-fisiológica, porque es una verdad de sentido común no desmentida jamás por las hipótesis científicas, que en el organismo privado del movimiento vital no existe la sustancia ó principio de acción, que rige y preside á todas las manifestaciones fisiológicas y psíquicas. *Præ-sente anima in machina humana vivit homo, hac absente mors est.* (*) Fuera ciertamente cosa muy singular y extraña, que en el cadáver llegasen á descubrirse por la observación anatómica, micrográfica y química los actos y funciones que se verifican durante la vida. Además, solo algunos materialistas y positivistas, que discurren desatinada y ciegamente en esta gravísima cuestión, pueden desconocer, que la materia organizada unida á la fuerza vital constituye el organismo, cuya determinación entra de lleno en el dominio de la Fisiología. No encontrándose, pues,

(*) *Sauvages.*—Oper. cit. p. 7.

en el cadáver la causa de las manifestaciones fisiológicas y psíquicas, y si por el contrario los fenómenos comunes á la naturaleza muerta, forzoso es admitir, que no debe buscarse aquella en estas condiciones. ¿Por qué no habrán de confesar los materialistas, que los fenómenos y las leyes de la vida no existen ni se determinan sinó dentro de la vida misma? Apenas se concibe la hipótesis de identificar la vida con la muerte, para eclipsar la verdad que la sana Filosofía establece acerca de la existencia y la unión de dos sustancias esencialmente distintas en el hombre. Si este no es más que un agregado de moléculas ó partes materiales, el bién y el mal moral, la libertad y la sociedad desaparecen por completo, y sobre las ruinas del imperio de la vida y de la inteligencia levantará el materialismo su hombre-máquina sometido únicamente á las leyes de la armonía y concierto general de la materia. ¡Qué bella y admirable creación!

V.

Illa proprié sunt viventia, quæ seipsa secundum aliquam speciem motus movent....

(S. THOMAS, *Summa th.* 1, p. q. 18, a 1.)

SE llaman propiamente vivientes aquellos seres que se mueven á sí mismos según alguna especie de movimiento. Así habla el insigne Filósofo al definir de un modo general á los seres dotados de vida. También otro de los genios mas grandes que han visto las generaciones, S. Agustín, se expresa en términos claros cuando dice: «*El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma— Vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te.*» Estas nociones psicológicas son inavenibles con las que proclama y defiende la escuela positivista, pero la verdad es siempre una, y no se concibe como haya de existir contradicción entre los terminos que explican la realidad de la vida, ora la cuestión se agite en las elevadas regiones de la Metafi-

sica, ora se discuta y determine en el dominio de la Biología.

Mas, como la vida en el hombre se halla íntimamente unida al pensamiento, no es posible intentar siquiera la solución de este importantísimo problema, si prescindimos de las nociones psicológicas. En efecto, la vida en la série animada se caracteriza por lo que aparece ser constante respecto á las operaciones que realiza, y en este sentido nó consiste ni puede consistir sinó en la *inmanencia de acción*, en el *movimiento ab intrinseco*, el cual procede del ser viviente y se termina y perfecciona en el mismo. El Principe de los escolásticos enseña, que la acción es de dos maneras. La primera, es la que pasa á la materia exterior, como el calentar y cortar; la segunda es la que permanece en el agente, como el sentir y querer. «La diferencia de ambas está, en que la primera no es perfección del agente que mueve, sinó del mismo movido; mientras que la segunda manera de acción es perfección del agente.—*Duplex est actio. Una quæ transit in exteriorem materiam, ut calefacere et secare; alia quæ manet in agente, ut sentire et velle. Quarum hæc est differentia; quia prima non est perfectio*

agentis, quod movet, sed ipsius moti; secunda autem actio est perfectio agentis.» (*)

La definición de vida, *inmanencia de acción*, formulada por los escolásticos comprende á todos los seres del imperio orgánico, y hasta ahora no ha sido destruida por el torbellino de los sistemas. El positivismo no conseguirá tampoco inventar una fórmula, que eclipse la radiante luz que difunde la sublime noción de vida establecida por la verdadera ciencia. Bien es verdad, que este sistema, en sus estrechas miras y limitadas aspiraciones, rehusa admitir las ideas que traspasan los confines del orden físico. Aun siendo así, la experiencia nos dice, que las operaciones de la vida vegetativa, sensitiva y racional radican en un principio de actividad, el cual no existe ni se observa, á pesar de las mas delicadas investigaciones, en los seres que constituyen el imperio inorgánico.

Las operaciones fundamentales de la vida vegetal son el *crecimiento*, la *nutrición* y la *reproducción*. En vano intentan algunos explicar las propiedades de los seres orgánicos por las fuerzas fisico-químicas,

(*) S. Thomas, Summa th. 1. p. q. 18 a 2.

porque estas no alcanzan sinó al determinismo de algunas condiciones extrínsecas que afectan á los fenómenos biológicos en su mayor grado de simplicidad. El nacimiento y la evolución de los organismos creados se hallan fuera de los límites de la ciencia físico-química. «En efecto, la vida ejerciendo sobre los elementos que forman sin cesar parte del organismo, una acción contraria á la que producirían sin ella las afinidades químicas ordinarias, repugna que pueda ser producida por estas afinidades; no se conoce todavía fuera de la vida ninguna otra fuerza capaz de reunir los elementos de la materia. El nacimiento de los seres organizados es ciertamente el misterio mas grande de la economía orgánica y de toda la naturaleza.» (*) Así habla el célebre Cuvier en este asunto de altísima importancia.

La constitución íntima de los vegetales y las operaciones que realizan en el vastísimo imperio de la vida, no se explican ni pueden determinarse por las afinidades químicas, porque estas no superan en ningún caso las condiciones extrínsecas y especiales de la naturaleza muerta. La acción de las fuerzas físico-químicas se halla

(*) Le Règne animal distribué d'après son organisation. Tome I.

subordinada á leyes fijas, según las cuales se agrupan y disponen de un modo regular los elementos de la materia bruta, pero de aquí no resulta la *vida* con sus propiedades características. El principio de la vida en los vegetales ó su forma sustancial se refiere á la esencia, y determina á la materia á constituir un cuerpo orgánico definido y específicamente distinto de los demás.

La actividad inmanente de los seres que pertenecen al reino vegetal no es en realidad, sinó la última expresión de la vida en sus más elementales operaciones. Las plantas carecen de la sensibilidad, y por más que algunos fisiólogos y naturalistas les atribuyen esta función exclusivamente animal, la experiencia y el sentido común destruyen esta hipótesis absurda. Empédocles y Platón, según el testimonio de Plutarco, creyeron que las plantas eran seres sensitivos. Los Maniqueos, á quienes refutó San Agustín, defendían el mismo error. Leibnitz se funda en la grande analogía que existe entre las plantas y los animales, para admitir algo de percepción ó sensibilidad en aquellas. Robinet en su obra—*De la nature*—proclama y sostiene con mucho ardor la existencia

de la sensibilidad en los vegetales. El inmortal Bichat distingue la sensibilidad en orgánica y animal, concediendo la primera á las plantas. «Todos los fenómenos de la digestión, la circulación, la secreción, la exhalación, la absorción, la nutrición &c. caen bajo el dominio de la sensibilidad orgánica común á las plantas y á los animales; el zoófito la posee de igual manera que el cuadrúpedo más perfectamente organizado.»

Por lo que precede se ve, que la sensibilidad atribuida á las plantas por algunos fisiólogos y naturalistas modernos es un error cuyo origen encontramos yá en los autores antiguos. La distinción que Bichat establece es sostenible hasta cierto límite, porque los fenómenos de las funciones orgánicas ó radicales de los organismos creados pueden referirse á la *sensibilidad orgánica ó inconsciente*, la cual no expresa sinó la actividad de los seres organizados, determinándose en los fenómenos propios de la vida vegetativa. Pero esta sensibilidad orgánica ó inconsciente no es la sensibilidad animal, que da lugar á las sensaciones ó percepciones sensibles. La cuestión se resuelve diciendo que la sensibilidad consciente es propia y

exclusiva de los animales. San Agustín afirma, que es una verdad de sentido común que los animales irracionales viven y sienten. *Irrationabilia animantia vivere atque sentire nemo ambigit.* (*)

Si se atiende á la estructura y á la espontaneidad que los animales poseen, no será posible negar la sensibilidad como atributo característico de los mismos. Sin embargo, cualquiera que sea el grado de perfección que en ellos se suponga, no existe razón alguna para atribuirles la inteligencia, porque siendo el caracter esencial de esta facultad el conocimiento de lo abstracto y de lo universal, la experiencia demuestra evidentemente, que los animales no alcanzan sinó á conocer lo singular y concreto en la esfera de lo sensible. Todas sus operaciones se verifican de un modo constante y en una dirección determinada, no inventan ni son capaces de adquirir mayor perfección. «*Alia animalia ab homine intellectum non habent: quod ex hoc apparet, quia non operantur diversa et opposita, quasi intellectum habentia, sed sicut à natura mota ad determinatas quas-*

(*) De lib. arb. l. 1, c. 29.

dam operationes et uniformes in eadem specie, sicut omnis hirundo similiter nidificat.» (*) El Principe de los escolásticos explica, de una manera tan profunda como luminosa, la distinción que existe entre el hombre adornado con la inteligencia y los animales que, por carecer de ella, realizan sus operaciones en un sentido invariable y uniforme dentro de los límites prefijados por la sabiduría divina.

Si los fisiólogos y naturalistas que intentan transferir á los animales el atributo de la inteligencia, procurasen estudiar y reflexionar con algún detenimiento siquiera, acerca de los extremos en que los escolásticos se fundaron para resolver la tésis que se refiere á no admitir la inteligencia sinó en el hombre; les hubiera sido muy fácil evitar la ignorancia que revelan en la cuestión que se discute, así como harto difícil caer en el positivismo, cuyo error tiende, nada menos que á destruir el noble carácter que hace al hombre semejante á Dios, y le coloca á una distancia infinita por encima de la série animal. San Agustín enseña y sostiene que los animales tienen un alma,

(*) *Contra Gentes*, l. 2, c. 66.

apoyando la esencial diferencia entre aquellos y el hombre, en que este es inteligente y sabe discernir el bién del mal. *Anima humana habet aliquid quod non habet anima pecorum. Nam et pecora animam habent, et animalia vocantur. Non enim vocarentur animalia nisi ab anima; et videmus quia et ipsa vivunt; sed quid habet amplius homo? Unde factus est ad imaginem Dei? Quia intelligit et sapit, quia discernit bonum à malo; in hoc factus est ad imaginem Dei. Habet ergo aliquid quod non habent pecora.»*

La vida humana no termina ni llega á desaparecer con la disolución del cuerpo, porque su determinación específica consiste en las operaciones intelectivas, y por más que estas necesitan de la influencia extrínseca y mediata del organismo, para desenvolverse y manifestarse en el actual orden de cosas, continúan sin embargo con el alma, que es el agente ó principio espiritual de la actividad psíquica y fisiológica. El célebre Bossuet en su—*Tratado del conocimiento de Dios y de si mismo*—considera el alma como el principio de la *vivificación general* del hombre. La sana filosofía, de acuerdo con la revelación, nos dice

que el alma es la forma sustancial del cuerpo.

La vida en los seres pertenecientes al imperio orgánico no se concibe, ni aún siquiera en su expresión mas sencilla, sin un principio de actividad que radica en la esencia ó naturaleza de los mismos. Las operaciones fundamentales de la vida vegetativa no pueden menos de referirse á la forma sustancial, que constituye la naturaleza propia de los seres simplemente organizados. *Viventibus vivere est esse.*

La determinación específica de la vida en los seres organizados y animados exige la existencia de un atributo ó caracter esencial que distinga propiamente á los animales de los vegetales. La experiencia nos dice, que este caracter fundamental es la sensibilidad consciente, la cual no existe sinó en los seres que pertenecen al reino animal. Santo Tomás expone la diferencia esencial entre los organismos *animados* y *sensibles*, y los que carecen de la virtud sensitiva en términos claros y precisos. «*In hoc, quod est sensitivum esse, consistit ratio animalis, per quam animal a non animali distinguitur. Attigit enim animal ad infimum gradum cognoscen-*

tium.» (1) La verdadera ciencia, en perfecta consonancia con la revelación, atribuye á los animales un alma viviente, *immaterial*, activa por sí misma; porque la materia, sin otro principio, es incapaz de sentir y de verificar ninguna acción espontánea. Sin embargo, «las mas bellas afecciones de las bestias, como dice Voltaire, sus acciones mejor ordenadas no salen jamás del dominio de los sentidos;... Jamás se ha notado en ellas acción alguna que no tuviera por único objeto su bienestar material.» El alma de los animales es puramente *sensitiva* y se halla subordinada á los estrechos límites de la sensibilidad, cuya operación no se realiza sin la influencia intrínseca del órgano ó aparato sensorial. «*Sentire non est proprium animæ neque corpòris, sed conjuncti. Potentia ergo sensitiva est in conjuncto sicut in subjecto.*» (2)

Siendo la forma sustancial de los animales puramente sensitiva, no puede menos de establecerse y admitirse su intrínseca dependencia de la *materia combinada*, respecto á la actividad y á las manifestaciones características; de aquí nace, que el

(1) De sensu et sensato. lect. 2.

(2) Summa th. I. p. q. 77.

destino del alma de los brutos se circunscriba y se limite de un modo necesario por la disolución de los órganos. Mas, como el alma huma es inmaterial, simple y espiritual, solamente necesita de la influencia extrínseca y mediata de la organización, para desplegar su actividad propia en la esfera psíquica. Por esta razón, no termina ni acaba su destino con la descomposición del cuerpo, sobrevive á este y goza del privilegio de la inmortalidad.

La vida en el hombre no se caracteriza por las operaciones vegetativas ni animales, es mucho más perfecta, y su elevación sobre la naturaleza sensitiva procede de la inteligencia que es el atributo característico del ser humano. Esta vida de la inteligencia se identifica con la actividad de nuestra alma, es nuestro *yo* determinándose en las nociones superiores que no se circunscriben á nada que sea singular y concreto, sinó que se extienden á las regiones de lo universal y abstracto. Todavía cabe afirmar, que la vida humana se eleva hasta lo infinito por la *razón*. Conviene dejar bién establecido, que el alma humana es la forma sustancial del cuerpo, á la cual se subordinan todas las funciones que el hombre desempeña.

La síntesis de la teoría que acabamos de exponer es la siguiente: la vida en general consiste en la inmanencia de acción, ó en el movimiento *ab intrinseco* que la experiencia y la razón demuestran en los organismos creados. Mas, como las propiedades que existen en los seres vivos difieren de una manera esencial, no es posible referirlas sino á principios esencialmente distintos. La vida, pues, en particular ó los modos esenciales de la misma son: el *vegetativo*, *sensitivo* y *racional*. Solamente el hombre goza de la vida en su modo de ser más perfecto que es el racional, que no excluye por otra parte el sensitivo ni el vegetativo, mientras no se verifica la disolución de la materia, la muerte, que no consiste sino en la separación del alma del cuerpo, llevando sin embargo aquella en si misma la actividad psíquica, que es inseparable de su naturaleza espiritual.

Después de haber expuesto algo de lo mucho que se refiere á la noción de vida en las elevadas regiones de la Metafísica, conviene discutir también acerca de este punto en el dominio de la ciencia positivista. La vida según el positivismo es: «*La manifestación de las propiedades in-*

herentes y especiales á la sustancia organizada.» (*) Apenas se concibe como la definición expresada llegue á producir ni aún siquiera la más leve convicción en el ánimo de los *sábios*, que aspiran á restaurar el vetusto edificio del saber humano, á no ser que se admita y reconozca por otra parte la más completa ignorancia de las verdades fundamentales. No se sabe, si la manifestación es causa ó efecto, tampoco se vé con claridad, si las propiedades inherentes á la sustancia organizada se manifiestan por si mismas ó en virtud de otro principio. Debiera consignarse en la definición establecida, si las propiedades de la sustancia organizada radican en algo que las determine, porque en otro caso seria necesario admitir que son comunes á la materia que se resuelve y descompone siempre en los mismos elementos.

Todavía nos resta preguntar á estos reformadores de la ciencia, si la materia se organiza por sus fuerzas propias, ó bien si la organización es yá un efecto dependiente de la causa ó principio capaz de combinar y asociar de una ma-

(*) Los Esplendores de la Fé. T. II.

nera especial los elementos de la naturaleza muerta. La razón y la experiencia demuestran evidentemente, que los seres organizados no se identifican ni pueden confundirse con los cuerpos sometidos á la influencia y al poder exclusivos de las leyes fisico-químicas. La vida no existe ni se concibe fuera del imperio orgánico, la causa íntima de las propiedades que la determinan y especifican tiene algo de absoluto, y por esto las manifestaciones vitales no constituyen la vida en sí misma. La generación de los seres orgánicos prueba que existe un *quid proprium* transmisible, sin el cual no se realiza la nutrición ni el desenvolvimiento de aquellos. M. Pouchet ha intentado establecer, que no había generación alguna espontánea del ser adulto sino de su huevo y de su germen. El eminente fisiólogo M. Cl. Bernard afirma, que el concepto anterior no es admisible, ni aún como *hipótesis*. El célebre Pasteur demostró por la vía experimental hasta la evidencia, que la generación espontánea de los gérmenes contradice y se opone á todos los hechos sometidos al más delicado examen y minucioso análisis.

La actividad inmanente ó el movimiento

ab intrinseco de los seres organizados, representa el *quid proprium* de la Biología, y expresa con todo rigor la noción de vida en el sentido absoluto, porque la materia no es la que produce los fenómenos que manifiesta, sino el *substratum* de los mismos. Si fijamos nuestra atención en el huevo, que es la fórmula abreviada de la vida, nadie osará negar, que este elemento histológico encierra algo que hace que la materia experimente mutaciones características, las cuales no se explican ni se determinan por las leyes físico-químicas. En efecto, su evolución típica, sus propiedades invariables y su reproducción específica y constante nos inducen á admitir una actividad inmanente que no cesa, sino que se trasmite por vía hereditaria á todos los individuos comprendidos dentro de la especie. El célebre fisiólogo Muller, habló así: «La vida ó la actividad de los cuerpos orgánicos..... no puede subsistir sin la influencia de una fuerza ó poder que obra sobre el todo, no depende de ninguna de sus partes y preexiste á estas últimas..... Estas no son creadas hasta el momento en que el embrión se desenvuelve y lo son por la fuerza del gérmen. Dicha fuerza *creadora, in-*

teligente, se manifiesta según una ley rigurosa, como lo exige la naturaleza de cada animal.»

La ciencia positivista rechaza toda idea metafísica sobre la naturaleza íntima ó esencia de los fenómenos que se observan en los organismos creados, y no consigue otra cosa más, que destruir las nociones absolutas en las cuales se apoya el grandioso edificio de la verdadera ciencia. El sistema funesto, que combatimos, no es sinó el materialismo disfrazado, porque en sus tendencias y aspiraciones procura y se empeña en referir á la materia los fenómenos de la vida.

Wundt en su obra—*Elementos de Fisiología humana*—al exponer el objeto científico de la Fisiología, se expresa de este modo. «Para concebir bién el objeto científico de la Fisiología, se necesita, ante todo, determinar exactamente lo que son los fenómenos de la vida. Es fácil observar que todo organismo vivo se nutre; que pasa por fases de desarrollo que le hacen reproducirse en un momento dado; que muchos organismos son capaces de movimientos voluntarios, que permiten creer en su sensibilidad y en su actividad psíquica. *Nutrición, desarrollo,*

y reproducción, movimientos, sensaciones y actividad psíquica, son, pues, para nosotros, los principales fenómenos de la vida.»

«Un estudio mas detenido de estas funciones demostró, que no es posible considerar cada una de ellas como la manifestación de una fuerza especial, cuando son, por el contrario, la resultante de fuerzas numerosas y complejas. Se ha podido comprobar en gran número de casos, que los fenómenos vitales, reducidos por el análisis á su expresión mas elemental, son en realidad análogos á los fenómenos producidos por las fuerzas físicas y químicas.»

«Se admite, pues, en el dia como axioma fisiológico, que las leyes que rigen á la vida en los organismos son completamente semejantes á las leyes que rigen á la naturaleza en general.»

Si para concebir bién el objeto científico de la Fisiología, se requiere ante todo, según afirma el autor precitado, determinar exactamente lo que son los fenómenos de la vida, esta determinación científica no es la que se establece, porque la *nutrición, desarrollo y reproducción, movimientos, sensaciones y actividad psíquica* no son fenómenos de la vida *ut sic*, sinó fun-

ciones que se caracterizan de una manera positiva por una série de actos, que se refieren y convergen al mismo fin en virtud de la armonía ó ley del *consensus* formulada ya por Hipócrates. Prescindiendo de la confusión, que nace de no atribuir á los términos su significación genuina, afirmo que aun considerando como fenómenos principales de la vida las funciones expresadas, cabe distinguir en su determinación precisa y exactamente científica, el fondo ó naturaleza y las circunstancias fisico-químicas que revisten y por las cuales se manifiestan. En efecto, la nutrición, desarrollo y reproducción, movimientos, sensaciones y actividad psíquica de los organismos creados no son en sí lo que aparecen por la fenomenalidad que les es propia, á menos que se admita la identidad entre el efecto y la causa, lo cual es absurdo. ¿Por qué la *sensibilidad* que se ostenta en los animales por los actos ó fenómenos sensitivos, no ha de constituir el atributo característico de este reino dentro del imperio orgánico en su determinación científica? No estableciendo, pues, la distinción necesaria y fundamental entre los fenómenos y su causa, entonces se llega á las conclusiones doctrinales que Wundt reconoce y admite en contra de lo

que la experiencia nos muestra y la razón sanciona de un modo evidentísimo. ¿Qué diremos acerca de la actividad psíquica que solamente el hombre posee, no atendiendo, para conseguir su exacta determinación sinó precisamente á las manifestaciones que ocurren dentro de la esfera de lo sensible?

Cuando asevera que los fenómenos vitales reducidos por el análisis á su expresión elemental son en realidad análogos á los producidos por las fuerzas fisico-químicas, según la comprobación verificada en gran número de casos; no pudo menos de sorprendernos la muy estraña y singular afirmación de este autor, porque la analogía no llega aún á descubrirse siquiera entre los fenómenos de la vida vegetativa y los determinados por las fuerzas fisico-químicas. La vida ó el principio vital influye intrinsecamente sobre la afinidad y las otras fuerzas elementales, las cuales sirven como de medio para que los seres orgánicos realicen las operaciones vitales. Comparense sinó los fenómenos de la célula viviente con la afinidad, el calórico, la capilaridad y las demás fuerzas fisico-químicas en su acción especialísima, y nada mas fácil será que apreciar la diferencia esencial, que existe entre los fenómenos de la naturaleza muerta

y los peculiares del ser vivo. La *irritación* fisiológica, la asimilatriz y la genésica no ofrecen la más pequeña analogía con ninguno de los fenómenos que se observan en la materia inorgánica. ¿Quién osará confundir la selección ó afinidad electiva de Bichat con la afinidad química? ¿Qué fisiólogo ni qué químico intentarán explicar la función de la generación de los seres vivientes por las fuerzas fisico-químicas, en la hipótesis de su analogía ó similitud con la vida considerada en los fenómenos mas elementales?

Los actos ó fenómenos de la sensibilidad y sobre todo los de la inteligencia no pueden dar lugar á la analogía, que el autor supone existir entre los fenómenos biológicos y los del orden fisico-químico, porque ni las sensaciones, ni los actos del entendimiento y de la voluntad se asimilan, ni aún remotamente siquiera, á los fenómenos pertenecientes á la materia inorgánica en sus múltiples y variadas condiciones.

El axioma fisiológico de Wundt—*se admite en el dia, que las leyes, que rigen á la vida en los organismos, son completamente semejantes á las leyes que rigen á la naturaleza en general*—

es una proposición falsa, porque la experiencia y la razón destruyen el valor científico que se le atribuye. Tampoco es cierta la proposición limitándola al estudio de las manifestaciones de la vida, porque estas en si mismas difieren esencialmente de los fenómenos privativos de la materia inorgánica. Las leyes que rigen á los seres vivientes no existen, ni aparecen en el dominio de la naturaleza muerta. En la discusión que acabamos de hacer sobre la vida, se vé con toda claridad, que ni los materialistas ni los positivistas alcanzarán jamás á levantar sobre las ruinas del imperio orgánico su sistema de disolución y de muerte. El estudio de la inteligencia y del fin del hombre será como la última prueba de la verdad que sustentamos.

VI.

El imperio del hombre sobre los animales es legítimo, no hay revolución que lo pueda destruir; porque es el imperio del espíritu sobre la materia. El hombre reina y domina por superioridad de naturaleza; piensa, y por consiguiente es dueño de los que no piensan.

(BUFFON. *Hist. nat. t. VII.*)

SOLAMENTE la ignorancia pudiera justificar hasta cierto límite la osadía con que algunos autores afirman y sostienen, que el hombre no es superior á los animales por la inteligencia. Es evidente, que esta función supone la inmaterialidad del principio en que radica, exigiendo además de una manera necesaria, que sea *espiritual*, esto es, independiente de la materia organizada, así en cuanto á la subsistencia como en razón de su actividad propia. No puede negarse, que en el hombre el principio de la vida vegetativa, de la vida sensitiva y de la vida intelectual ó racional es único; mas, como este principio se especifica por la naturaleza racional, toda vez que en los animales no

se encuentra la inteligencia ó facultad de pensar, resulta que debe admitirse en la naturaleza humana algo que sea el origen y la fuente de tan noble y esencial prerogativa.

Lo que en el hombre piensa y quiere se designa con la palabra *alma*. Luego el alma es el principio de la vida racional. Nadie que reflexione un poco siquiera, dejará de comprender la grandísima importancia, que entraña el punto que voy á discutir, porque no sólo se relaciona de una manera muy íntima con la religión, sinó que constituye además el único y sólido fundamento de las principales manifestaciones de la vida humana. ¿Quién se atreverá á negar, que la naturaleza racional del alma unida á nuestra organización determina el carácter propio de las acciones humanas? ¿Cómo sería posible concebir de otro modo el fin á que el hombre se halla destinado?

Yo no sé, como muchos fisiólogos y naturalistas partidarios del positivismo ó moderno materialismo rehusan admitir la existencia del alma, porque, siendo absolutamente imposible referir á la materia organizada las funciones superiores que el hombre desempeña, esta sola consideración debiera ser muy suficiente para rechazar un

sistema que pretende nada menos que envolver el espíritu en la materia para ahogarle. Tampoco veo la razón, porque en nuestra pátria se defiende y proclama por algunos el sistema positivista, no siendo ya posible la originalidad en la inventiva ni aún en la exposición de un error, que no inspira por otra parte sinó el mas profundo desprecio. En la pátria del ilustre Balmes y de otros muy notables filósofos no alcanzará á figurar el positivismo, porque no es ni puede ser viable un sistema, que como metodo se reduce al Baconiano *mutilado*, y el cual, por su significación científica y trascendente, no constituye en realidad sinó el materialismo en el dominio de las ciencias físico-naturales.

La proposición que en muchas obras se enuncia así:—*el cerebro elabora el pensamiento*—es la síntesis del fatal sistema que atribuye á la materia organizada la actividad psíquica que radica en el alma. El mismo Locke fundador del sensualismo moderno no ha podido menos de reconocer la repugnancia intrínseca, que existe entre la materia y el pensamiento. Hé aquí, pués, sus palabras: «Es tan contrario á la idea de materia privada de sentimiento, que ella se produzca á si misma el sentimiento,

la percepción y el conocimiento, como á un triángulo producir por sí mismo ángulos, cuya suma sea mayor que la de dos rectos.» (*)

El materialismo es de todo punto insostenible aún en el terreno de la ciencia fisiológica, porque el cerebro en sí y en los elementos que lo constituyen, no es capaz de producir ningún fenómeno que no se refiera necesariamente al orden físico. En efecto, ni la mayor actividad circulatoria determinada por la excitación cerebral en las regiones de la *actividad psíquica* (admitidas por J. Luys) ni la elevación de temperatura *in situ*, ni la aceleración de los cambios íntimos de las células con desprendimiento en mayor cantidad de productos de desasimilación apreciables en la orina por el análisis expresan otra cosa más que las condiciones físico-químicas, dentro de las cuales se realiza toda excitación cerebral en un sentido determinado. Mas, como esta excitación propia del cerebro y de sus elementos no traspasa los estrechos límites de la materia; se infiere, que no es en realidad ni aún por las circunstancias especiales en

(*) Locke—Ensayo sobre el entendimiento humano—lib. 4.

que se manifiesta, sinó un hecho perteneciente al orden físico. El problema que debe resolver el materialismo se plantea y formula de este modo: ¿Como una excitación celular se convierte y transforma en idea, percepción sensible, ó determinación motriz voluntaria?

Los partidarios del materialismo fisiológico no llegarían á envanecerse en sus absurdas concepciones, ni los positivistas harían tan grandes esfuerzos para rechazar las verdades del orden psíquico, si no prescindiesen del atinadísimo criterio que encierran las muy expresivas y elocuentes frases de Griesinger: «¿Como un fenómeno material, físico, que se verifica en las fibras nerviosas ó en las células ganglionales puede convertirse en idea, en acto de la conciencia? Esta es una cosa enteramente incompresible; yo me atrevo á decir más, no tenemos idea siquiera del modo como debería plantearse la cuestión que se refiere á la existencia y á la naturaleza de los intermediarios que unen los dos ordenes de hechos:»..... «Comment un phénomène matériel physique se passant dans les fibres nerveuses ou dans les cellules ganglionnaires peut-il devenir une idée, un acte de la conscience? c'est ce

qui est absolument incompréhensible; je dirai plus, nous n'avons pas idée de la manière dont on devrait seulement poser une question relativement à l'existence et à la nature des intermédiaires qui unissent ces deux ordres de faits.»..... (*)

Después de las consideraciones que preceden, me parece muy conveniente exponer algunas de las pruebas ó razones, que demuestran la existencia en el hombre de un principio simple y espiritual, en el cual radica la inteligencia. Santo Tomás confirma y apoya la simplicidad y actividad propias del principio intelectual, de este modo: «*Nullum corpus invenitur aliquid continere nisi per commensurationem quantitatis. Unde et se toto totum aliquid continet et partem parte continet, majorem quidem majore, minorem, autem, minore. Intellectus autem non comprehendit rem aliquam intellectam per aliquam quantitatis commensurationem, cum se toto intelligat et comprehendat totum et partem majora in quantitate et minora. Nulla igitur substantia intelligens est corpus.*» Ningun cuerpo se halla que con-

(*) Traité des maladies mentales, traduction française.

tenga algo sinó por conmensuración de cantidad. De donde *resulta que*, algún todo se contiene en el todo y contiene la parte en la parte, á la mayor ciertamente en la mayor, más á la menor en la menor. Pero el entendimiento no comprende la cosa entendida por conmensuración cuantitativa, entendiéndose en el todo y comprendiendo el todo y la parte, lo mayor en cantidad y lo menor. Luego, ninguna sustancia inteligente es cuerpo.

Según la doctrina expuesta no cabe admitir, que el cerebro sea el principio de la actividad intelectual, porque *ningún cuerpo*, nada que sea extenso, figurado y divisible es capaz de entender. El pensamiento es simple y carece de partes distintas, el cerebro es compuesto y se halla constituido de elementos colocados los unos fuera de los otros. Los objetos corpóreos del pensamiento pueden tener un volumen y magnitud variables, pero la percepción que de ellos llega á adquirirse por la inteligencia no se mide por sus dimensiones. El pensamiento del sol no es más largo ni más ancho que el de una flor, ni el de la tierra es más grande que el de un insecto cuyas dimensiones se aproximan al límite de la extensión. No

hay pensamientos de un centimetro de largo ni del grueso ó espesor de dos ó tres centímetros..... ¿Qué figura le atribuiremos al pensamiento? ¿Es redondo ó cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Podrán distinguirse los pensamientos en razón del color que afectan? Mientras que todo cuerpo es divisible, el pensamiento, por el contrario, es indivisible, ó es entero ó no existe. Un ser no existe, ni aun se concibe sin sus propiedades esenciales, ni con propiedades que necesariamente se excluyen, si es extenso se halla privado de la actividad intelectual, si goza de esta, entónces carece de la extensión (*Frayssinous.*)

«Existe una diferencia aterradora para el materialismo; lo que llega al alma y al cerebro es forzoso, inevitable; mas lo que sale de ellos, no lo es. La sensación obra necesariamente sobre el cerebro con *una intensidad proporcional à su fuerza y en el sentido querido por ella.* Empero de ello, no resulta de ningún modo, como en los demás órganos, una acción forzosa, inevitable, según la ley que es el atributo de la materia. Por el contrario, el alma hace uso de la impresión del cerebro para obrar ó para dejar de obrar, para determinar libremente la producción

de acciones enteramente voluntarias; cual centinela vigilante y libre, ella conserva todo su poder de obrar; ella puede no querer utilizar la impresión recibida; ella puede querer utilizarla; como puede aún obrar de nuevo en sentido contrario.....»

«Existe un reactivo, la gravedad, ante el cual la materia toda entera, hasta la última de sus moléculas, acusa su presencia; todo cuerpo tiene necesariamente su peso y su volumen propios. Ahora bién; ¿quién osará asignar un peso y un volumen al pensamiento, á la voluntad, al amor y á los demás seres morales, á los afectos del alma, á la verdad y á la mentira, al reconocimiento y á la ingratitud, á la perfidia ó á la fidelidad?» (*Abate Moigno.*)

En la hipótesis de una ó varias regiones en la sustancia gris del cerebro destinadas á la elaboración del pensamiento, no pueden menos de considerarse aquellas como el principio inmediato de la actividad intelectual, y en este sentido no se determinarían á la acción que se supone, sinó por virtud de la actividad de los diferentes elementos ó células que constituyen las expresadas regiones. Si los elementos, casi en número infinito, de la región ó regiones cerebrales supuestas se re-

presentan por la série A, B, C,..... X; ¿dónde reside el pensamiento? Si sólo en A, están de más B, C, y los otros elementos; y por consiguiente el sujeto ó principio de la actividad intelectual es único, esto es, A. No puede admitirse que el pensamiento resida en todos y en cada uno de los elementos, porque así resultarían tantos pensamientos como elementos ó términos, lo que evidentemente contradice y se opone á la unidad del pensamiento testificada por la conciencia, ni cabe tampoco suponer que el pensamiento se fracciona y divide en un número casi infinito de partes, porque ésta hipótesis hace imposible su unidad. Ahora bién; la estructura íntima de A. (célula nerviosa del cerebro) no se ha determinado, según confesión de Luys, de una manera positiva. En la actualidad se admite que el protoplasma de la célula está formado por un *reticulum* de una organización especial, y que sus delicadísimas fibrillas se entrecruzan y se aglomeran en derredor del núcleo como centro, y aun que el mismo núcleo no es homogéneo, si se atiende á su estructura de apariencia radiada; y que por otra parte el *nucleolo*, al cual se le miraba como la expresión últi-

ma de la unidad de la célula nerviosa, puede dividirse en filamentos secundarios. Por consiguiente, en la hipótesis de la existencia del pensamiento en A, todavía nos resta averiguar, si reside en todas y en cada una de las partes que constituyen este elemento, ó si se encuentra distribuido y difundido en ellas. De aquí se deduce necesariamente, que es imposible referir el pensamiento á un principio, que sea compuesto. Cuando pensamos, la conciencia nos dice que el sujeto del pensamiento sabe todo lo que piensa, y esto no pudiera ser atribuyéndole partes, porque cada parte tendría su conciencia especial; y no se daría *una* conciencia de todo el pensamiento.

El sujeto ó principio de la actividad intelectual es el alma; luego el alma es incorpórea y simple. La reflexión del alma sobre si misma prueba también, que esta es simple, porque ningún ser compuesto puede poseer aquella virtud. En efecto, si el alma fuese extensa, no podría en manera alguna conocerse en la unidad indivisible de su ser, ni sería tampoco capaz de volver por el acto de la reflexión sobre los actos directos anteriores que emanan de sus potencias. Supongamos por un momento, que el alma

constase de dos partes, y que la una se reflejara sobre la otra; ¿qué sucedería en tales condiciones? Muy fácil es determinar el resultado, si se atiende á que la parte que volviera sobre la otra, nunca llegaría sinó al conocimiento de la opuesta, pero no se conocería á sí misma por el hecho de la reflexión, ni tampoco á la unidad representada por las dos partes, antes de verificarse la reflexión de la una sobre la otra. Mas, como el alma goza de la virtud enunciada fuera de las condiciones que se establecen para el caso en que se la considera compuesta, no puede menos de ser simple y carecer de toda composición.

La inestabilidad de los elementos celulares en el organismo demuestra que el principio intelectual, *el alma*, no se confunde con el cerebro, ni con las regiones del mismo, que el sistema de Gall propone como órganos diferentes por su acción especial, porque nuestra personalidad, así como el principio intelectual, persisten de una manera constante y en toda su integridad fuera de la ley, que domina á los diversos elementos, que constituyen la delicadísima estructura de todos los órganos y aparatos de nuestra economía. Lue-

go el alma es distinta del cerebro, y no sufre las mutaciones que en este y en las diferentes partes de la economía se realizan sin cesar, y se conserva *invariable* en el tiempo, por más que llegue á renovarse por completo la masa que forma el expresado aparato cerebral.

El alma humana es espiritual, esto es, independiente de la materia, no sólo en cuanto á su subsistencia, sinó tambien en cuanto á su actividad. *Intellectuale principium, quod dicitur mens vel intellectus, habet operationem per se, cui non communicat corpus.* (*) Bién se comprende, que la noción de espiritualidad ó de independencia intrínseca de la materia supone necesariamente la de simplicidad. Mas, en el hombre la independencia intrínseca de instrumento material se refiere solamente á las operaciones de la inteligencia y de la voluntad. Luego, la inteligencia y la voluntad son facultades inorgánicas.

Nuestra alma no puede menos de ser espiritual, porque si no lo fuese, existiria también la imposibilidad de elevarse á la contemplación de muchas verdades que

(*) Summa th. I. p. q. 75, a. 2.

no se hallan comprendidas dentro de los límites del orden sensible. Dios, la eternidad, la belleza, la virtud y otros innumerables objetos excitan la admiración del hombre, y el alma desenvuelve su actividad intelectual para concebirlos en su propia realidad y determinar los caracteres y atributos que poseen, y que en vano se intentarían buscar en ninguno de los seres pertenecientes al orden físico.

La facultad que ha menester del auxilio de instrumento material no puede conocer sino aquellas cosas que afectan á los aparatos sensoriales, y por esta causa el conocimiento así adquirido es singular y concreto, subordinándose siempre á las condiciones de la materia. El alma humana no llegaría á pensar ni á raciocinar acerca de las cosas suprasensibles, sino poseyera una facultad intrínsecamente activa y que no depende de instrumento material. Mas, como la perfección de una potencia manifiesta y refleja la perfección del sujeto y del principio de donde aquella se deriva, resulta que, si nuestra alma no fuese espiritual, no gozaría tampoco de una facultad inorgánica, como es la inteligencia.

También se demuestra la espiritualidad del alma humana por el conocimiento

intelectual de los objetos materiales. *Ani-
ma per intellectum cognoscit corpora
cognitione immateriali, universali et
necessaria.* (*) En efecto, no es posible
negar, que nuestra mente conoce las cosas
corpóreas de una manera inmaterial, co-
mún y necesaria, esto es, fuera de todas
las circunstancias que las singularizan y
concretan. Pero este conocimiento inmate-
rial, común y necesario de los objetos corpó-
reos, no prueba sinó que la inteligencia es
una facultad inorgánica, espiritual. Si la
expresada facultad dependiese del organis-
mo, jamás podría adquirir el conocimiento
de las cosas materiales sin las condiciones
en que la naturaleza las ofrece á nuestros
sentidos, y por virtud de las que se singula-
rizan y se concretan; mas, como la inteli-
gencia humana conoce las cosas sensibles,
no de una manera singular y concreta, sinó
universal y necesaria, de aquí se infiere,
que no es, ni puede ser facultad orgánica.

La inmensa amplitud de los objetos
á que nuestra inteligencia se aplica, así
como la muy limitada esfera, más allá
de la cual nuestro organismo no recibe
ni experimenta la influencia de las co-

(*) Summa th. 1 p. q. 48.

sas materiales, demuestran también, que el alma humana es espiritual. Mientras que los conocimientos en la esfera de lo sensible se circunscriben á muy estrechos límites, el mundo espiritual no se limita de igual modo; porque nuestra mente se abisma, cuando quiere, en lo pasado, se agita con lo presente, y todavía se eleva á la consideración de lo futuro. En sus profundas investigaciones la inmensidad del universo no llena el vacío que produce el deseo de saber que la domina sin cesar, deja atrás la tierra, los cielos y las estrellas, y contempla el orden y se complace en él, conoce la virtud y experimenta sus dulces encantos y atractivos, piensa y reflexiona acerca de las sustancias y determina sus modos y relaciones, asciende hasta el trono de la Divinidad cuyo poder y sabiduría se ostentan en la *creación*; y esto no sería posible, si el alma humana no fuese espiritual. *Invisibilia enim ipsius (Dei) a creatura mundi per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.....*

Prescindiendo de otras muchas pruebas en apoyo de la espiritualidad del alma, consignaré el testimonio irreprochable del mas eminente de los físicos de Inglaterra M. Tyndalle: «Es imposible concebir el pa-

so de la física del cerebro á los hechos correspondientes de la ciencia íntima de las sensaciones, de los pensamientos y de las emociones.... Al afirmar que el crecimiento del cuerpo es mecánico, y que el pensamiento, en tanto que tiene su ejercicio en nosotros, tiene su correlativo en la física del cerebro, pareceme que concedo al materialista la sola posición sostenible para él.... Las agrupaciones y los movimientos moleculares nada explican.... El problema de la unión del cuerpo y alma es tan insoluble en su forma moderna como lo era en las edades precientíficas.... Empero, si el materialismo ha quedado confundido y la ciencia se ha vuelto muda ¿á quién toca dar la respuesta? *à Aquél á quien el secreto ha sido revelado!* Inclínemos, pues, nuestras frentes y reconozcamos nuestra ignorancia una vez por siempre.» (*Los Mundos*. tom. XVII. pág. 97 y 98.) La actividad inteligente y libre que el hombre posee, y en virtud de la cual es *semejante á Dios*, le coloca en un orden muy diferente del en que se hallan los animales privados del atributo de la razón. Esto motivará algunas reflexiones siquiera acerca del fin del hombre como criatura racional y libre en sus determinaciones.

Según la verdadera ciencia no solo debe admitirse, que el hombre es un ser inteligente y libre, sinó que también habrá de reconocerse, que en virtud de su naturaleza racional se halla obligado al cumplimiento de los deberes indispensables para conseguir el fin conveniente á su naturaleza y en perfectísima consonancia con el orden, dentro del cual se mueve toda criatura, que goza del atributo de la inteligencia y ejerce el dominio de sus actos ú operaciones. Muchos sistemas y entre ellos el positivismo, ó moderno materialismo, destruyen, ó por lo menos intentan destruir la doctrina pura y elevada de la Filosofía cristiana en la mas grande y trascendente de las cuestiones, que se discuten con harta frecuencia y osadia, como es sin duda la que se refiere al fin ó destino último del hombre. En efecto, no cabe negar que los sistemas panteista, materialista y positivista tienden nada menos que á oscurecer la verdadera noción del hombre, para precipitar su ruina, sumergiéndole en el abismo de la negación ó en el caos de la duda mas horrible y espantosa.

Yo no puedo creer ni concebir, que ningún hombre ilustrado ó ignorante capaz de elevarse sobre si mismo y de reflexio-

nar y meditar un poco siquiera acerca de su incierto porvenir, se dé por satisfecho y viva felizmente, sin aspirar á otra cosa más que al término prescrito y señalado en la sentencia epicureista—*Vivamus, pereundum*—porque es innegable, que en el fondo de nuestra existencia se agita y domina sin cesar la idea de que, más allá de la tumba, existen la felicidad sin límites ó la perdición eterna.

No siendo posible establecer la contradicción entre la ciencia *indeterminada* y las verdades absolutas de la moral cristiana, por esta sola causa se descubre ya, que las aseveraciones gratuitas de muchos autores en materias filosóficas y religiosas no constituyen sinó la expresión mas sublime del orgullo y de la pequeñez del hombre. En sus *Palabras de filosofía positiva*, pág. 288, M. Littré afirma de un modo terminante y decisivo: «Las ciencias dieron al traste con toda teología..... En otros tiempos el sentimiento religioso fijose sobre algunos seres ficticios, de los cuales la imaginación primitiva pobló el cielo. En nuestros dias dicho sentimiento fijase sobre la existencia real de la *Humanidad.....*»

No me admira que el autor aludido

no encontrasé razones positivas para demostrar lo que dice, porque ni aun le sería posible fingir ignorancia ó duda acerca de las verdades que rechaza. Sin embargo, lo que excita sobremanera mi atención es, que llegase á prescindir de sus íntimas convicciones, para expresar en terminos muy claros, que la ruina de *toda teología* se debe á la reciente influencia de las ciencias. Cuando afirma, que el sentimiento religioso se fijó en otros tiempos sobre algunos seres ficticios, y que en nuestros dias se fija sobre la existencia real de la *Humanidad*, apela este insigne representante del moderno positivismo á la ficción y á la mentira, para destruir las nociones fundamentalísimas en que se apoya la Religión, es decir, el culto verdadero del Dios verdadero.

Apenas se concibe, como un hombre de reconocido mérito incurriese en errores tan extraños y absurdos, porque es imposible no saber que las ciencias no dieron ni darán al traste con toda teología, hallándose perfectamente demostrado, que la verdad científica y la teológica, lejos de ser incompatibles, se encadenan y armonizan en las regiones de lo infinito, en donde se cierne la *verdad* que se

refleja de un modo invariable y perenne en la inteligencia humana. No ofrece el sentimiento religioso sinó el carácter de persistencia y universalidad, que revisiten todas las nociones que el mismo Diós esculpió en nuestro sér, y aunque haya de admitirse, respecto á la determinación precisa del objeto, el error ó extravío de dicho sentimiento, no aparece, que en nuestros dias ni en ninguna época se fijase en la existencia real de la Humanidad. ¿Qué significa la frase—*existencia real de la Humanidad*—y á qué momento histórico ha de referirse el sentido abstractivo que encierra? Bastan las razones aducidas para desmentir las categóricas afirmaciones del notable académico francés. Ex profeso callo, y me inpongo el mas grande silencio acerca de lo ocurrido en los solemnes y postreros momentos de la existencia de este muy célebre positivista.

El Autor de nuestra existencia ha impreso en nuestra naturaleza racional y libre el irresistible deseo de la felicidad, del bién sin limitación alguna, y este deseo no se realizaria jamás, si no existiese otra vida, que fuese continuación de la presente. No podemos dudar acerca de la inmortalidad de nuestra alma, que presiente

lo eterno y lo infinito, ni tampoco cabe desconfiar sobre la satisfacción cumplida de la felicidad que anhelamos, porque Dios *quiere el orden y la virtud*, y si no hay otra vida, el orden moral desaparece, y la virtud no halla recompensa, y la natural inclinación de nuestra voluntad hácia el bien infinito y perfectísimo se convierte en pavoroso y terrible fantasma, que tortura sin cesar los breves instantes de nuestra existencia. Pero Dios es infinitamente justo y santo, y en el orden de la justicia y santidad no se concibe el triunfo del malvado en esta vida, si no ha de sufrir un día el castigo que merece, ni la opresión del justo, si no ha de alcanzar nunca la recompensa á que se hizo acreedor. También repugna á la infinita sabiduría del Autor de nuestra naturaleza, que hubiese grabado y esculpido en nosotros el irresistible y constante deseo de la felicidad sin límites, para no verse realizado ni satisfecho jamás, porque esto sería el absurdo más grande que puede imaginarse, esto es, un *Dios*, una *Providencia* que crió al hombre inteligente y libre, para engañarle miserablemente.

¿Qué debemos pensar acerca del último destino del hombre? En esta cuestión tan

importante la falsa ciencia calla, ó bién en otro caso espera con ánsia el ideal y los progresos que un dia se realizarán para oponer la solución científica á la fé y á la doctrina de la Iglesia católica. Pero la ciencia verdadera demuestra, que la inmortalidad del alma y la vida futura son consecuencias necesarias y legítimas del *espiritualismo*, cuyo sistema se apoya en bases indestructibles, hallándose además en perfecta y admirable harmonia con las máximas morales y religiosas, que sirven á engrandecer al hombre como actividad inteligente y libre. La Religión católica nos enseña, que Dios ha criado al hombre para que le sirviese en esta vida y pudiese gozarle después en la eterna. ¡Que bella y consoladora doctrina! Para los que niegan las verdades sublimes, que se refieren á la naturaleza y al fin último del hombre, nada hay que llegue á convencerlos, se hallan fuera de toda ley y su destino es irrevocable, y á los que dudan acerca de aquellas, todavía les alcanza el pensamiento de Pascal: *«no es el cielo la morada de los que dudan que su alma sea inmortal; estos deben esperar solamente el infierno ó la nada.»*

SÁBIOS que atentos me escuchásteis, yo os debo profundísimo reconocimiento. De aquellos de vosotros que habeis dirigido mis pasos por el difícil y espinoso camino de la ciencia, conservo aún en mi mente gratisimo é imperecedero recuerdo. También quiero manifestar, de una manera genuina y en ocasión tan solemne, la altísima consideración que me ha merecido siempre el muy ilustrado y digno Rector de la Escuela compostelana, la cual por su importancia, dentro de la esfera en que se mueve, no es inferior á ninguna de las que existen en nuestra patria.

Ahora me permitiré solamente expresar, de un modo sencillo y con frases de sincero afecto, los deseos que me animan, al dirigirme á los jóvenes, que concurren á este centro de instrucción. Vosotros, que sois la esperanza de la patria, no olvideis nunca, que las nociones científicas en su más elevada síntesis no reciben de la sublime doctrina y profundas enseñanzas de la Religión católica, sinó muy provechosa y saludable influencia; porque el conocimiento previo y la abso-

Nada certidumbre de las verdades fundamentales que se refieren al mundo, al hombre y á Dios, no perjudican, antes bién contribuyen poderosamente al desenvolvimiento de las ciencias.

Ni el encanto de los placeres frívolos, ni las ilusiones de la falsa filosofía, ni los bienes de la tierra, ni la gloria que exige el sacrificio de nuestra dignidad y de nuestros más nobles sentimientos, han de mirarse, sinó como fatídicas sombras que huyen sin cesar de nosotros, para disiparse muy en breve en la noche del sepulcro.

Conservad siempre en vuestra memoria, que el pensamiento—*pulvis et umbra sumus*—expresado por un autor gentil es la imagen fiel y ciertamente triste de nuestra miserable y efímera existencia. Mas, por lo que toca á la parte de nuestro ser, no destinada á morir con el cuerpo sinó á vivir siempre, no dudeis un momento siquiera, que la inclinación natural, que la domina hácia el bien, no se detiene ni termina en lo perecedero y fugaz, porque el término de nuestras aspiraciones es el Ser infinito, Dios, principio y fin de todo lo criado.

HE DICHO.



